

EN LOS UMBRALES DE LA EXTINCIÓN

umbrales

REVISTA DEL INSTITUTO MEXICANO PARA LA JUSTICIA



Fotografía: Jesué Rodríguez. Píñal de Amoles, Oro., México, 2024.

EN LOS UMBRALES DE LA EXTINCIÓN

umbrales

REVISTA DEL INSTITUTO MEXICANO PARA LA JUSTICIA

Consejo Consultivo

Ana Vásquez	Mariana Cordera
Antonina Ivanova	Mariana López-Cedeño
Alexandra Zenzes	Meria Bulos
Carmen Amezcua	Nanae Watabe
Cristina Camacho	Nathalie Seguin
Fernanda Araujo	Paulina Gabriela Carlos
Liliana Gutiérrez	Sofía Rivera

Editora en Jefe

Alexandra Zenzes

Coordinadora Editorial

Cristina Camacho

Directora Creativa

Sofía Rivera

Diseñadora Editorial

Brenda Pérez

Correctora de Estilo

Georgina Espinosa

Foto en Portada

Josué Rodríguez

Umbrales es una herramienta de comunicación intersectorial del Instituto Mexicano para la Justicia. Nace como un puente entre la academia, el sector empresarial, la ciudadanía y el gobierno, para promover, coordinar y divulgar los seis ejes fundamentales de nuestra agenda socioambiental:

Justicia Climática, Justicia Energética, Justicia Ambiental, Justicia Hídrica, Justicia Social y Justicia Oceánica, así como la capacitación y educación continua.



Fotografía de Ogy Kovachev, via Pexels.com



Contacto

Si deseas ponerte en contacto con alguno de los proyectos o personas mencionadas en este número, **por favor escribenos a través de los correos y teléfonos que aparecen en esta página.** Con gusto te pondremos en comunicación con las y los responsables de cada iniciativa.



INSTITUTO MEXICANO PARA LA JUSTICIA

Av. Francisco Sosa 409, Santa Catarina, Coyoacán, 04010 Ciudad de México, México



contacto@imjus.org.mx



55 3905 0283



@Imjusac



@Imjus_ac



/Imjusac



@Imjus_ac



Instituto Mexicano para la Justicia



@Imjusac



@Imjus_ac



www.imjus.org.mx



umbrales

Carta Conmemorativa | Día Mundial del Medio Ambiente

— Ciudad de México, 2026

Cada número de *Umbrales* es una invitación a mirar con más atención aquello que suele pasar desapercibido. Publicamos esta **cuarta edición en el marco del Día Mundial del Medio Ambiente**, una fecha que nos recuerda que la crisis ecológica es una expresión de la forma en que nos relacionamos con la tierra, el agua, los alimentos, la energía y con los demás.

En esta ocasión reunimos textos que dialogan con los seis pilares de la revista: justicia climática, ambiental, hídrica, energética, oceánica y social. El resultado es un número diverso, pero articulado por una misma pregunta: ¿cómo construir formas más justas de habitar el planeta?

El recorrido comienza con una invitación a detenernos. Itziar Urquiola nos recuerda que en lo pequeño se encuentran muchas de las claves para sostener la vida. Desde ahí, conocemos iniciativas como Valle Paralelo, que documenta el papel de los insectos en la salud de los bosques; las cooperativas de meliponicultura en la Península de Yucatán, donde la abeja melipona sigue siendo fuente de alimento, medicina y memoria; y La Ruta de

la Conexión, una red de liderazgos comunitarios en Baja California Sur que demuestra que la colaboración es una forma concreta de defensa territorial.

El número avanza después hacia las estructuras que explican la crisis. Antonina Ivanova analiza el desplazamiento de comunidades insulares ante el aumento del nivel del mar. Mariana López-Cedeño examina la deuda climática que persiste entre el Norte y el Sur global. Rafael Obregón reflexiona sobre el potencial forestal de México y los retos para activarlo con una visión de largo plazo.

Más adelante, José Luis Samaniego plantea la necesidad de transformar la estructura económica, Lucía Frausto aborda la justicia energética desde Baja California Sur, Ana de los Santos Puc reivindica la milpa como espacio de soberanía alimentaria y Hans Dieleman nos invita a reconocer que no existe una sola forma legítima de conocer el mundo.

En la parte final, el número regresa

a la vida cotidiana. Celia Arteaga muestra cómo la crisis climática profundiza las desigualdades de género al intensificar las tareas de cuidado. Amado Ríos analiza la distribución desigual del arbolado urbano y su relación con la salud y la justicia social. Y el concepto del Buen Vivir aparece como una posibilidad concreta para imaginar sociedades donde la economía vuelva a estar al servicio de la vida.

Además de los artículos, esta edición incluye entrevistas, proyectos con futuro, recomendaciones y secciones dedicadas a la alimentación, el territorio y la vida interior, con el propósito de ofrecer una lectura amplia y cercana.

A quienes escribieron, editaron, ilustraron y acompañaron este proceso, gracias. Y a quienes hoy abren estas páginas, gracias por leer con calma.

En tiempos de respuestas rápidas y certezas superficiales, detenerse a pensar también es una forma de cuidar la vida.

Con esperanza activa,
Instituto Mexicano para la Justicia (IMJUS)
Revista Umbrales

Consejo consultivo

Umbrales se construye en diálogo. Por eso, este proyecto cuenta con un Consejo Consultivo que acompaña, cuestiona y fortalece el rumbo de la revista. Más que una instancia externa, es un espacio de pensamiento compartido que nos ayuda a afinar la mirada y a sostener el compromiso ético que nos guía.

La diversidad de trayectorias y enfoques que convergen en el Consejo permite que la revista mantenga una perspectiva plural y rigurosa. En tiempos donde las respuestas simples abundan, contar con una conversación profunda y crítica es indispensable para no perder de vista la complejidad de los territorios y de las vidas que los habitan.

Que el Consejo sea un lugar de escucha, intercambio y reflexión constante. Un acompañamiento que nos ayude a preguntarnos qué falta, qué debemos revisar y hacia dónde queremos avanzar.

Umbrales es un proyecto colectivo. Y este camino, lo seguimos recorriendo juntas.

Ana Vásquez

Ana es politóloga y experta en temas de Género, Comunicación y Derechos Humanos. Fue Secretaria de Cultura y Secretaria de las Mujeres del Estado de Oaxaca, dirigió una empresa de comunicación política por 16 años y fue socia de Sostén Centro de Inteligencia, una iniciativa para el empoderamiento de mujeres en liderazgos políticos. Es socia fundadora de Fundación Comunitaria Oaxaca, desde 1996. Autora de “¿Feminista yo?” publicado por editorial Grijalbo.



Antonina Ivanova

Economista y académica de la UABCS, integrante del IPCC galardonado con el Nobel de la Paz. Su trabajo abarca cooperación internacional, cambio climático y desarrollo sustentable, con más de doscientas publicaciones y amplia experiencia en investigación y docencia.



Alexandra Zenzes

Licenciada en Relaciones Internacionales (UIA) y maestra en Administración y Política Pública (Tec de Monterrey), con estudios en Harvard, FLACSO y George Washington University. Ha trabajado en Semarnat y el Banco Mundial como especialista en política ambiental. Consultora en sostenibilidad y política ambiental desde hace una década en ANAMRK ESTRATEGIA Y DESARROLLO S.C. y consejera de NATURALIA A.C., escribe sobre medio ambiente en El Sol de México.





Carmen Amezcua

Médica psiquiatra, asesora latinoamericana en temas de salud, ciencia y tecnología, certificada por el IPI en Terapia Asistida por Psicodélicos y Miembro de la *Psychedelic Medicine Association*. Especializada en Psiquiatría Integrativa.



Cristina Camacho

Consultora en comunicación ambiental y proyectos educativos. Con experiencia en guionismo, traducción y estrategias intersectoriales, impulsa iniciativas de conservación y el uso de tecnologías digitales para el cambio social. Estudia la Maestría en Comunicación y Humanidades Digitales.



Fernanda Araujo

Estudiante de Derecho y Economía, con experiencia en proyectos de Conservación Ambiental en México, programas de educación por la paz con niños de 11 a 14 años e iniciativas juveniles en defensa del Medio Ambiente y nuestro derecho a un medio ambiente sano.



Liliana Gutiérrez

Liliana es bióloga, maestra en Ciencias Ambientales y en Administración Pública. Ha trabajado en la SEMARNAT y organizaciones como NOS y la Iniciativa por los Mares y las Costas de México, impulsando políticas públicas, gobernanza ambiental y estrategias para la conservación marina.



Mariana Cordera

Abogada por la UNAM y maestra en Seguridad Nacional por la Universidad de Georgetown. Ha trabajado en el ámbito electoral, en la Secretaría de Gobernación y en la Embajada de México en Estados Unidos, con experiencia en asuntos legislativos y relaciones institucionales. Actualmente es socia directora de Públika, consultoría especializada en asuntos públicos.



Mariana López-Cedeño

Licenciada en Desarrollo Sostenible con especialidad en ASG. Ha trabajado en el sector de créditos de carbono, participando en el desarrollo y gestión de proyectos enfocados en mitigación climática. Desde el IMJUS colabora en el diseño e implementación de iniciativas y proyectos ambientales, promoviendo soluciones y estrategias sustentables.

Meria Bulos

Gestora cultural enfocada en la protección del patrimonio cultural inmaterial y en la defensa de los mezquites. Originaria del Valle del Mezquital, colabora en Noosfera Arte para el Desarrollo, donde impulsa la divulgación de artes y ciencias espaciales.



Nanae Watabe

Nanae, hija de padre japonés y madre mexicana, estudió Psicología en UBC y Gastronomía en Italia. Tras volver a México, se dedicó al mundo de los hongos, colaborando con chefs y proyectos culinarios. Hoy provee hongos silvestres a los mejores restaurantes de CDMX y promueve el reino fungi como emblema nacional.



Nathalie Seguin

Investigadora y consultora en medio ambiente, agua, saneamiento y derechos humanos. Dirige desde 2006 el capítulo México de Freshwater Action Network, promoviendo el Derecho Humano al Agua y su gestión sostenible. Ha liderado procesos de incidencia local e internacional, incluida la Agenda 2030.



Paulina Gabriela Carlos

Se especializa en comunicación ambiental y proyectos educativos, con experiencia como guionista, traductora y en estrategias de comunicación intersectorial. Su trabajo promueve la conservación ambiental y el uso de tecnologías digitales para el cambio social. Actualmente es estudiante de Maestría en Comunicación y Humanidades Digitales en la Universidad del Claustro de Sor Juana.



Sofía Rivera

Sofía es comunicóloga y consultora creativa. Fundadora de Pies y Cabeza, acompaña a líderes y proyectos con visión a traducir ideas en estrategias con propósito. Su trabajo se cruza con la filantropía, el diseño, la hospitalidad y el uso justo de los recursos.



en los umbrales de la extinción..

Somos **la red**
que necesitamos.

EN LOS UMBRALES DE LA EXTINCIÓN

umbrales

REVISTA DEL INSTITUTO MEXICANO PARA LA JUSTICIA

Foto: James Lee vía Pexels

EN LOS UMBRALES DE LA EXTINCIÓN

umbrales

REVISTA DEL INSTITUTO MEXICANO PARA LA JUSTICIA

Con la publicación de este número queremos detenernos un momento para agradecer.

Al **Consejo Editorial de Umbrales**, por su acompañamiento atento, sus preguntas necesarias y su compromiso con el rumbo de la revista. Su mirada crítica y generosa ha sido clave para fortalecer cada edición y para ayudarnos a crecer en claridad y coherencia.

Al equipo que sostiene el trabajo cotidiano: a *Georgina*, por la corrección de estilo y el cuidado minucioso de cada texto; a *Brenda*, por el diseño editorial que da ritmo y estructura a las ideas; y a *Sofía*, cuya dirección de arte ha permitido que la revista tenga una identidad visual sólida y sensible.

Nuestro agradecimiento también al **equipo del IMJUS**, *Miriam, Paulina, Sara, Mariana, José, Gabriel, Juan y Edgar*, por el respaldo constante, la confianza y el trabajo silencioso que hace posible que este proyecto avance con firmeza. Gracias a quienes escribieron, compartieron sus experiencias y confiaron en este espacio. Umbrales es el resultado de un esfuerzo colectivo. Cada número es una conversación ampliada. Y eso solo es posible cuando muchas voluntades se encuentran.

Consejo Consultivo



cómo leer umbrales

EN LOS UMBRALES DE LA EXTINCIÓN

REVISTA DEL INSTITUTO MEXICANO PARA LA JUSTICIA



Foto: Mikhail Milov via Pexels



Una guía breve para recorrer este número.

Umbrales es una revista construida para leerse como un territorio. Cada sección abre una ventana distinta hacia las relaciones entre sociedad, ambiente y vida cotidiana. No es necesario seguir un orden estricto: puede recorrerse de manera lineal o saltando entre sus umbrales, según los intereses de cada lectora.

El Front en esta ocasión, abrimos con mapas internos que cuestionan la manera en la que se crea el conocimiento y cómo nos relacionamos con los demás y el mundo que nos rodea. Así mismo, reúne las secciones que cartografían el movimiento social, y comunitario: historias breves, perfiles íntimos y proyectos que abren posibilidades concretas.

El Centro concentra la reflexión profunda: análisis, investigación y miradas diversas que dialogan entre sí sobre el tema central del número.

La sección de Cierre despliega materiales prácticos y complementarios: recetas, noticias del territorio IMJUS y recomendaciones para seguir explorando.

Como apoyo adicional, encontrarás el **Atlas Léxico**, un pequeño cuaderno independiente que acompaña a la revista. Ahí reunimos conceptos clave y términos especializados que aparecen a lo largo del número. Está pensado como una herramienta de consulta permanente: puedes abrirlo cuando algo te intrigue o simplemente para ampliar tu propio mapa de referencias. A medida que la revista crezca, también lo hará este atlas, incorporando nuevas maneras de nombrar el mundo.

Umbrales está hecho para avanzar, detenerse, volver atrás y abrir caminos.

Palabras que nos acompañan:

Foto: Sean Thomas via Pexels



Atlas Léxico Ilustrado
del **Territorio**

■ **Ver Atlas Léxico**

Página de Información
Página 02

Contacto
Página 03

Carta Editorial
Página 04

Atlas Léxico
Página 11

Consejo Consultivo Umbrales
Página 05

Carta de Agradecimiento
Página 09

Cómo leer Umbrales
Página 10

EL FRONT: APERTURA DEL NÚMERO

Mapa Interior.

La lucha por la justicia epistémica en el contexto ambiental.
por Hans Dieleman. Página 13

Rostros del Umbral.

Paloma Vázquez: entre el origen, la escucha y la milpa.
Página 18

Puntos Cardinales.

El Sargento-La Ventana, BCS: conservar sin despojar.
Página 17

EL CENTRO: ARTÍCULOS DEL NÚMERO

Artículos y Proyectos con Futuro ✕

Sobre la importancia de lo pequeño.
por Itziar Urquiola Guerrero
Página 21

Desafíos y estrategias para activar al sector forestal en México.
por Rafael Obregón Vilorio
Página 41

Proyectos con Futuro. Valle Paralelo: pequeños habitantes que sostienen el bosque.
por Alejandro Zaldívar Riverón
Página 25

Crisis climática y la transformación de la estructura económica.
por Samaniego Leyva
Página 43

Cooperativas de Meliponicultura: Estrategia de Justicia Ambiental.
por Roberto Carmona, Fátima Alonso y Jesús Andrés Chávez
Página 28

La experiencia de un observatorio ciudadano en torno a la justicia energética.
por Lucía Frausto
Página 45

Proyectos con Futuro. La Ruta de la Conexión: Iniciativa por los mares y las costas de México —y dónde ya se está construyendo el cambio real.
por Liliána Gutiérrez Mariscal
Página 32

La milpa sociopolítica y la soberanía alimentaria.
por Ana Gabriela de los Santos Puc y Angélica Paz Valdéz
Página 48

Cambio climático y migración en los pequeños estados insulares en desarrollo (PEID).
por Antonina Ivanova
Página 34

Mujeres y cambio climático: una carga desigual
por Celia Arteaga Conde.
Página 51

Asimetría global y deuda climática: el sur paga más.
por Mariana López-Cedeño Simbeck
Página 38

Justicia verde: El abismo ambiental en las ciudades de México
por Amado Ríos Valdez.
Página 53

EL CIERRE: DONDE LA LECTURA SE ASIENTA

Desde Adentro: Semillas
El sabor que cruza fronteras:
Los itacates de Isabel López
por Cristina Camacho
Página 56

Desde el Territorio IMJUS
Página 59

Recomendaciones del Umbral
Página 61

El Umbral que Sigue.
Página 63

Colaboradores

Página 64





Mapa Interior: Reflexiones sobre salud mental, emociones y procesos internos como parte esencial de la justicia social.

La lucha por la justicia epistémica en el contexto ambiental

Por Dr. Hans Dieleman

Foto: Maurizio Fromm via Pexels

Los problemas ambientales casi siempre conllevan desigualdades y, por tanto, plantean una cuestión de justicia. En el ámbito del conocimiento ambiental también se produce inequidad, por ejemplo, entre campesinos y pueblos originarios, por un lado, y expertos ambientales, por el otro. Esta inequidad es la que exploraremos con más detalle, pero comenzaremos con algo de teoría.

El conocimiento nunca es neutro, como afirmó el filósofo francés Michel Foucault (1970), lo que nos lleva a su concepto de episteme. Este concepto señala que detrás de todo saber hay ideas históricas y culturales que definen lo que cuenta como conocimiento válido y lo que no. Toda episteme genera relaciones particulares entre prácticas, discursos

e instituciones, con sus correspondientes relaciones de poder. La frase “el saber es poder” adquiere aquí todo su sentido: el saber es poder cuando proviene de las instituciones y fuentes centrales de una sociedad. Podemos afirmar que en México existe una lucha entre la episteme moderna, donde la ciencia es clave, y la episteme de los campesinos y pueblos originarios, donde la tradición y la experiencia son fundamentales. Existe inequidad, ya que la episteme moderna es dominante y da poco espacio a la episteme subalterna.

El saber ambiental y el de sostenibilidad vienen de “arriba”, de las Naciones Unidas, del Banco Mundial y de expertos universitarios, incluso laureados con el Premio Nobel.

Además, se ha materializado en carreras profesionales, disciplinas académicas, universidades enteras, revistas científicas y mercados nacionales e internacionales como el de carbono. Cuenta con mucho prestigio. La sociedad transmite la idea de que dicho conocimiento es preferente (superior) al conocimiento local, basado en la experiencia. Una vez que salen de la universidad y trabajan en una administración pública o en el sector privado, varios expertos ambientales suelen aplicarlo así. No es raro que miren con desprecio al conocimiento local y que se resistan a tomar en cuenta las culturas correspondientes, excluyendo de este modo la sabiduría de quienes viven allí, portadores de una “sabiduría territorial”.



Esto nos lleva a preguntarnos cómo entender la desigualdad subyacente y cómo transformarla en una relación simbiótica basada en el respeto mutuo. Afortunadamente, en los últimos veinte años, la atención a la justicia epistémica ha ido ganando terreno en el mundo científico, lo que nos permite profundizar en los mecanismos que generan la desigualdad. Un pionero destacado es el sociólogo portugués Boaventura de Sousa Santos, quien en 2008 introdujo el término “Epistemologías del Sur”.

Su análisis mostró con claridad hasta qué punto el mundo académico se encuentra todavía en una fase colonial, abriendo los ojos de muchos. Las élites del sur global estudian en universidades donde reciben una formación occidental que les permite colaborar con colegas del norte global, ampliando así aún más la brecha con el resto de su sociedad. Santos introdujo el concepto de “Ecología de Saberes” como una metáfora para crear un paisaje en el que diferentes epistemologías se enriquezcan mutuamente, en lugar de excluirse (Dieleman, 2015).

Santos nos enseña que todo comienza con el reconocimiento de que existen desigualdades estructuralmente incrustadas en la sociedad. Y también con la conciencia de que, por haber sido formados en el pensamiento moderno occidental, los expertos ambientales encarnan esa desigualdad, pues está dentro de ellos mismos. Es importante superar la injusticia correspondiente, lo que requiere una capacidad de identificar las diferentes formas de discriminación epistémica, como demuestran, entre otros, las filósofas Miranda Fricker (2007), Kristie Dotson (2014) y Anna Drożdżowicz (2021).

La primera se llama “injusticia testimonial” y se produce cuando no se toma en serio al otro, simplemente por su apariencia, su forma de hablar o a quién representa. Los campesinos y pueblos originarios del sur global son con regularidad víctimas de esta forma de injusticia, cuando no hablan bien español ni manejan un lenguaje académico, y no se visten como “debería ser”, desde la perspectiva dominante.

La injusticia testimonial se basa principalmente en prejuicios y lleva a que un oyente encuentre las palabras de un hablante menos creíbles de lo que sería justo. Esto podría deberse también a la indiferencia pura y a la insensibilidad, que tienen su fundamento en la desigualdad de poder y en la ausencia de una necesidad percibida de tomar al otro con seriedad. Es una forma cruel de discriminación epistémica, y ocurre con mucha frecuencia porque es, a

la vez, muy humana.

La segunda forma, denominada “injusticia hermenéutica”, se refiere a la falta de un marco interpretativo compartido, y ocasiona que las personas no logren comprender al otro. Un ejemplo de ello se encuentra en las diferencias entre las cosmovisiones de los pueblos originarios y la del mundo moderno, y cómo esto se traduce en la comprensión del desarrollo sostenible y el Buen Vivir.

Como escribió Raúl Prada, exvice-ministro de Planificación Estratégica de Bolivia, en 2013: “No existe un equivalente en las lenguas indígenas para el concepto de ‘desarrollo’, y por lo tanto tampoco para ‘desarrollo sostenible’. Así como no existe un equivalente en las lenguas occidentales para el concepto de ‘Pachamama’, lo que hace difícil una comprensión adecuada y profunda de dicho concepto”.

Así lo demostró Dorine van Norren en su tesis doctoral de 2017. Su pregunta de investigación era: ¿Cómo podría el Buen Vivir integrarse en la realización de los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS) de las Naciones Unidas (ONU)? Para ello, analizó las negociaciones entre la ONU y los representantes de Ecuador, quienes, junto con Bolivia, incorporaron el Buen Vivir en su Constitución.

La respuesta breve de su investigación fue que no es posible. Un obstáculo insalvable fue que los ODS están formulados enteramente en terminología y epistemología modernas. La autora observó que, incluso después de largas negociaciones durante más de un año, “esto difícilmente resultó en un reconocimiento explícito de la terminología indígena” (Van Norren, 2017, p. 306).

Los representantes ecuatorianos desafiaron la epistemología dominante, expresaron su disenso e intentaron iniciar un diálogo, pero, como nada parecía funcionar para que su visión fuera reconocida, finalmente se retiraron por completo de las negociaciones.

El retrainamiento es una respuesta común de la parte del subalterno, y es importante distinguirla de la exclusión y la marginalización, típicos del lado de los dominantes. El retrainamiento y la exclusión tienen en común que rompen los contactos e imposibilitan la contribución del subalterno a la toma de decisiones. Sin embargo, hacen explícitas las contradicciones que hay y que parecen ser insuperables, lo que puede resultar en nuevas rondas de negociaciones, bajo otras premisas. Mientras que, en la marginalización, las contradicciones suelen quedar sin discutirse a fondo. En esta última, el subalterno tiene voz, pero solo dentro de los marcos y estructuras dominantes que no pueden ser cuestionados. Esto se denomina “tolerancia represiva”: una aparente tolerancia que en realidad encierra represión, y que dista mucho de una simbiosis basada en una contribución equitativa con res-

peto mutuo. El retrainamiento, la exclusión o la marginalización no son respuestas que contribuyan a este tipo de simbiosis, ni a una “ecología de saberes”.

¿Qué hay que hacer, entonces? La respuesta pasa por un enfoque que atraviesa los diferentes niveles de lo social, donde la palabra “trans” debe ocupar un lugar central, entendida como “cruzar una frontera y tender un puente”. A nivel individual, esto implica fomentar el autoconocimiento, la humildad, la apertura y el interés genuino por el otro. Podríamos llamar a esto una actitud transindividual: explorar la propia identidad en relación con la alteridad. A nivel grupal, necesitamos proyectos transdisciplinarios y transepistémicos, donde la capacidad de tender puentes se traduzca en la capacidad de dialogar y colaborar en equipo. Para ello se requieren dos habilidades casi siempre descuidadas: saber escuchar, lo que casi nunca cultivamos, a pesar de su importancia, y saber articular con claridad quiénes somos y qué sostenemos; es decir, compartir un atisbo de nuestra personalidad y de nuestra episteme.

A nivel institucional, esto implica

fomentar la inclusión de epistemes alternativas, creando transinstituciones. Pienso especialmente en instituciones públicas como la Secretaría de Medio Ambiente y Recursos Naturales (SEMARNAT) en México, así como en las universidades y en el sistema educativo en general. Esa inclusión no puede ser un mero gesto marginal, como destinar un pequeño porcentaje del presupuesto al Buen Vivir o a los pueblos originarios, mientras el resto se gasta en desarrollo sostenible. Debe llegar a la construcción de una verdadera ecología de diferentes epistemes. Para facilitar esto, se requiere contemplar cambios a nivel de la sociedad en su conjunto. Esto plantea la cuestión de qué tipo de modernidad aspira una sociedad a construir.

¿Se trata de una prolongación de la modernidad con raíces europeas, o de una transmodernidad, como la denominó Enrique Dussel (2022), que se articula desde las epistemologías de América Latina? Es la pregunta fundamental que convoca a imaginar un futuro compartido (Dieleman, 2012; Keestra & Dieleman, 2024). Es una cuestión que no puede eludirse, pues constituye la raíz de una auténtica justicia epistémica en el contexto ambiental.

Referencias

- Dieleman, H. (2012). *Transdisciplinary artful doing in spaces of experimentation*. *Transdisciplinary Journal of Engineering & Science*, 3, 44–57.
- Dieleman, H. (2015). *Epistemology of the South and transdisciplinarity: A comparison*. En B. de S. Santos & T. Cunha (Eds.), *Democratizing democracy*. University of Coimbra, Center for Social Studies.
- Kristie Dolson, K. (2014). *Conceptualizing epistemic oppression*. *Social Epistemology*, 28(2), 115–138. <https://doi.org/10.1080/02691728.2013.782585>
- Anna Drożdżowicz, A. (2021). *Epistemic injustice in psychiatric practice: Epistemic duties and the phenomenological approach*. *Journal of Medical Ethics*, 47(12), e69. <https://doi.org/10.1136/medethics-2020-106679>
- Enrique Dussel, E. (2022). *Filosofías del Sur: Descolonización y transmodernidad*. Ediciones Akal.
- Michel Foucault, M. (1970). *The order of things: An archaeology of the human sciences*. Vintage Books.
- Miranda Fricker, M. (2007). *Epistemic injustice: Power and the ethics of knowing*. Oxford University Press.
- Keestra, M., & Dieleman, H. (2024). *Resisting the imperative of integration: Epistemic injustice, resistance and openness in inter- and transdisciplinary research*. *Issues in Interdisciplinary Studies*, 42(1–2), 269–296.
- Prada, R. (2013). *Buen Vivir as a model for state and economy*. En M. Lang, L. Fernando, & N. Buxton (Eds.), *Beyond development: Alternative visions from Latin America* (pp. 145–158). Transnational Institute / Rosa Luxemburg Foundation.
- Boaventura de Sousa Santos, B. de S. (Ed.). (2008). *Another knowledge is possible: Beyond northern epistemologies*. Verso.
- Van Norren, D. (2017). *Development as service: A happiness, ubuntu and buen vivir interdisciplinary view of the sustainable development goals* [Doctoral dissertation, Tilburg University, The Netherlands].

Puntos Cardinales



Puntos Cardinales: Notas breves que registran movimientos locales: proyectos, resistencias y gestos cotidianos que muestran dónde empieza a cambiar el territorio.

El Sargento–La Ventana, BCS: conservar sin despojar

Hay experiencias que obligan a repensar el papel del derecho más allá del escritorio. La impulsada por el abogado Camilo Thompson Poo en el ejido de El Sargento–La Ventana, en Baja California Sur, es una de ellas. Lo que se diseñó no fue un arrendamiento, ni una venta, ni una cesión: fue una **servidumbre voluntaria ecológica**, un gravamen real temporal, por 20 años, sobre tierras de uso común que permite conservar sin despojar.

El ejido sigue siendo dueño. Siempre. Pero el uso cambia: no se podrá urbanizar, talar ni cazar. A cambio, la Asociación de Senderos La Ventana y El Sargento (La VESTA) aporta un incentivo anual creciente, administrado a través de un fondo semilla. El resultado es una fórmula que alinea conservación, economía local y acceso público: cualquier persona podrá recorrer senderos, andar en bicicleta de montaña, acampar o simplemente observar la biodiversidad del territorio.

Este esfuerzo se articula además con la Comisión Nacional de Áreas Naturales Protegidas, a través del Área de Protección de Flora y Fauna Islas del Golfo de California, que

funge como predio dominante. En términos jurídicos, incluso la Isla Cerralvo se convierte en beneficiaria de los servicios ambientales generados por las 200 hectáreas conservadas frente a ella.

Pero lo verdaderamente relevante está en el proceso: 117 ejidatarios, decenas de actas, planos y años de historia revisados, negociaciones colectivas, acuerdos construidos desde abajo. Votos mayoritarios, ninguno en contra. Una comunidad que decidió conservar como estrategia de futuro.

Esto es inteligencia territorial porque emerge del vínculo entre comunidad y territorio. Porque entiende que conservar es reorganizar el uso del espacio en función del bien común.

El Parque Ejidal de Senderos El Sargento es hoy un ejemplo concreto de cómo el derecho agrario y ambiental pueden encontrarse para abrir nuevas posibilidades. Jóvenes que podrán formarse como guías, economías locales que se diversifican, ecosistemas que se mantienen en pie.

En un contexto de presión inmobili-

liaria y degradación ambiental, esta experiencia demuestra que existen caminos, literales y simbólicos, para conservar sin excluir. Y que, cuando el territorio se piensa colectivamente, tomando en cuenta a quienes lo habitan y el medio ambiente en el que se encuentra, el derecho se puede emplear como una herramienta para crear un legado como este.

Si quieres conocer más sobre este proyecto, consulta nuestra hoja de contactos y vinculación.



Rostros del umbral

Rostros del Umbral: Un perfil cercano con alguien que comparte una experiencia o una idea que marcó su camino. Un espacio para mirar lo cotidiano con calma y atención.

Paloma Vázquez: entre el origen, la escucha y la milpa

Por Cristina Camacho Frausto

A sus trece años, Paloma Vázquez combina la vida escolar con una serie de actividades que revelan una sensibilidad poco común para su edad. Además de estudiar, participa como tallerista y consejera en Cencalli, la Casa del Maíz y la cultura alimentaria. También ha comenzado a desarrollar su propio proyecto: A Friend for You, una iniciativa que nació de una observación sencilla, pero profunda. “Nadie sabe escuchar realmente”, dice. A partir de esa idea, creó peluches pensados para recibir las emociones y pensamientos de quienes necesitan ser escuchados.



El sabor de la memoria

La relación de Paloma con la comida está atravesada por los sentidos y por la historia familiar. Entre sus recuerdos más antiguos están el aroma de los elotes recién cocidos, las tortillas saliendo del comal y los llamados "tamalitos tontos", preparados solo con masa, sin relleno, en San Matías Tlalancaleca, el pueblo de su bisabuela.

Ese conocimiento no llegó a través de libros o recetas escritas, sino de la convivencia cotidiana en la fondita de su tía Monce y en la cocina de su abuela, quienes la involucraron desde pequeña en la preparación de los alimentos y en el respeto por cada ingrediente.

De ellas aprendió también una forma de entender la cocina como espacio de cuidado. Cuando se trabaja con maíz, explica Paloma, el estado de ánimo importa. Si quien cocina está frustrado o enojado, los alimentos "no se cuecen", porque el tamal siente la energía de quien lo prepara. Recuerda con ternura cómo su abuela amarra "orejitas" a la olla para que el tamal no escuche chismes y pueda cocinarse en paz.

La lucha por una alimentación digna

Su interés por la justicia alimentaria nació al observar el trabajo en la milpa y el esfuerzo de su tía Monce en Nixcome. Paloma cuestiona el regateo, una práctica que suele minimizar el valor del trabajo campesino, y defiende la importancia de consumir tortillas elaboradas con maíz de calidad frente a la llamada "tortilla chatarra".

Para ella, la soberanía alimentaria significa que las y los productores tengan la libertad de decidir qué hacer con su cosecha y reciban lo necesario para vivir con dignidad y alegría.

Le preocupa la desaparición de prácticas agrícolas tradicionales debido al crecimiento urbano y a la falta de apoyos. Con ello, dice, también se pierden espacios para criar animales, sembrar y sostener una forma de vida estrechamente vinculada con la tierra.



Un mensaje para volver al origen

Paloma observa con inquietud cómo muchas niñas, niños y jóvenes se alejan del campo, a veces por vergüenza y otras por simple desinterés. Las pantallas, dice, han desplazado el contacto con la tierra y con aquello que nos alimenta.

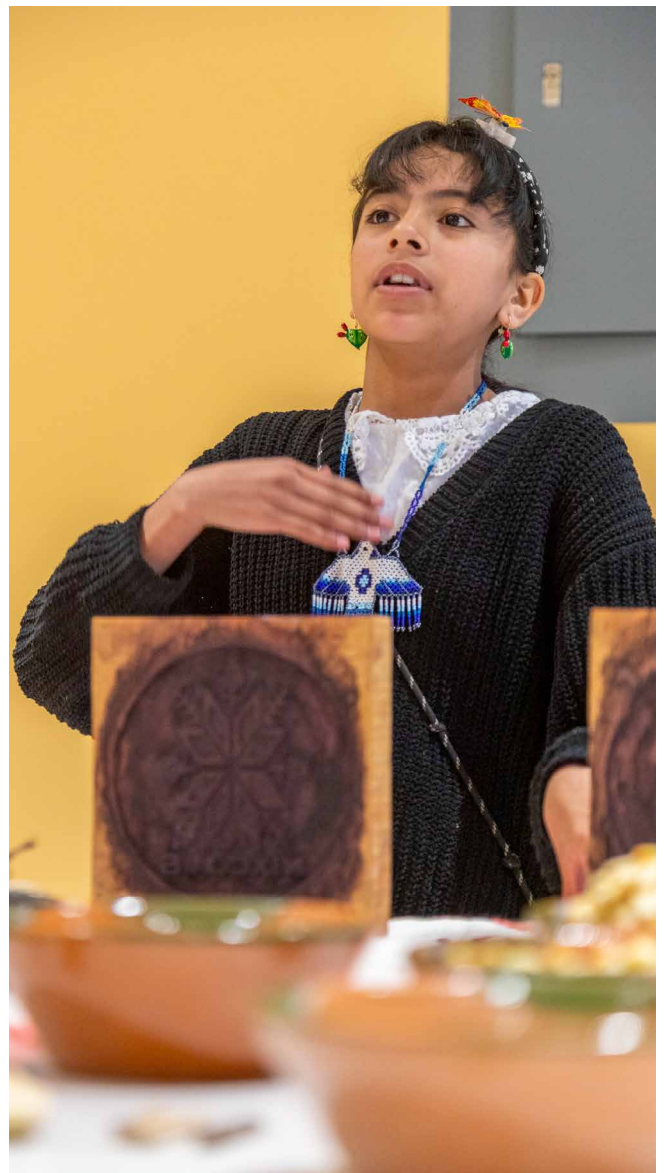
Su mensaje es directo: “No te desconectes de lo que te dio la alimentación, la existencia, el ser”.

Invita a salir al patio, respirar el aire del pueblo y hablarle al maíz, al frijol y a la calabaza. Imagina comunidades que intercambian semillas y celebran juntas los ciclos del maíz, como una gran familia.

Frente a un futuro que percibe incierto —marcado por la inflación y por el avance de la inteligencia artificial, que teme pueda afectar su deseo de dedicarse a la actua-

ción o al diseño gráfico—, Paloma propone una ruta clara: regresar al origen.

En su visión, el futuro dependerá de que las personas vuelvan a valorar lo que comen y reconozcan de dónde viene aquello que sostiene la vida.



el centro

ARTÍCULOS DEL NÚMERO Y PROYECTOS CON FUTURO



El Centro: *El corazón de la edición. Textos que dialogan entre sí y abordan el tema central desde distintas miradas, combinando análisis, investigación y reflexión profunda. Entre ellos se intercalan Proyectos con Futuro, iniciativas socioambientales que imaginan formas distintas de habitar el mundo y proponen rutas concretas para regenerar comunidad y territorio.*



Sobre la importancia de lo pequeño

Por Itziar Urquiola Guerrero

Fotografía por Andreas Schnabl

En medio de la vorágine y de los incendios del mundo, del insistente consumo y del ir contrarreloj, abrimos el tiempo para preguntarnos con detalle: *¿cómo amaneciste?, ¿qué comiste?, ¿cómo está tu corazón?* Nos escuchamos con todos los días por delante, con los ires y venires que se escurren entre nuestras manos entrelazadas, sostenidas por miradas de esperanza y curiosidad. Nos damos cuenta de lo que nuestros cuerpos e imaginarios hacen cada día, lo que valoramos, lo que atesoramos y las respuestas que tenemos al alcance, y también de lo que no soltamos mientras atravesamos la vida. Como cuando regamos las plantas, cortamos la fruta, escribimos una carta de amor,

escuchamos música o cultivamos las semillas que hemos recolectado, cuando nos dedicamos a cocinar y nos llamamos para pedir una receta o cuando juntas nos quitamos la sed.

Caminamos el mundo con acciones que parecen pequeñas, pero están contenidas por tramas de relaciones complejas y fortalecidas. Como los ciclos de vida de los seres que han permanecido en los territorios que nosotras también habitamos, y que han transmitido por generaciones sus saberes en los suelos del mundo, mostrando maneras de organización, estrategias de sobrevivencia, delicadas formas del cultivo de la vida y de la resistencia que guarda equilibrios hacia la continuidad, para llegar a sus

florecimientos.

Imagino la red que hacen las abejas dentro de la colmena. En primavera, cuando despiertan las plantas con flor, las abejas inician su bulla en el monte. Cada una recolecta su alimento, que a su vez permite a las otras especies vegetales seguir con sus propios procesos de reproducción de la vida. Al regresar al panal, sumergen sus cabezas dentro de cada hexágono para soltar el jugo particular de las flores y transformarlo a través de sus cuerpos en diversas papillas y jaleas que dan a su cría. Lo que no se utiliza al momento se conserva y se vuelve la miel para los tiempos de escasez.



Cuando el flujo del néctar es vasto, se forman estas hermosas redes de abejas, tramas entre panales, inseparables, unidas por el vigor del territorio. Estas figuras me permitieron entender cuándo es tiempo de crecer para construir hogar, cuándo es momento de moverse y enjambrar o de acumular para permitir la abundancia.

Hace más de quince años que mantengo una relación que empezó por el oficio y que me llevó a la presencia constante, a la curiosidad y al conocimiento de sus lenguajes. Una abeja enferma, o incluso el colapso por el que hoy atraviesan, no indica un defecto en la cadena de producción o su debilidad en la lucha del más fuerte por enfrentar al mundo actual. Ellas muestran los puntos de desequilibrio que vive el territorio y señalan las causas que los generan: la separación individual de la vida, la manipulación de

las condiciones de reproducción y la propiedad del conocimiento. La llamada erosión genética de las abejas tiene su trazabilidad en las condiciones económicas a las que hemos sometido la vida toda, la misma que tiene efectos directos en nuestras vidas, y que nos enferma, aísla y encierra.

A partir de ellas experimenté una forma particular de mirar al mundo; observé sus cuerpos, los colores en su alimento, sus danzas como lenguaje, sus sonidos y sus olores como testigos territoriales. Entendí que todos estos detalles y particularidades hablan sobre cómo han atravesado momentos donde, a pesar del despojo, del desgaste, de la pérdida y hasta del casi aniquilamiento, han encontrado continuidad en las formas más inimaginables y sorprendentes. Y aunque así lo parezca, el poder nunca es absoluto.

Foto de Vengadesh Sago

Alimentar al escuchar, al estar presentes y atestiguar. Encontrar la grieta para surgir, preguntar. Seguir creciendo, vincularnos. Llamar a otras, pedir ayuda, brindar apoyo y colaborar. Sacar adelante el trabajo juntas y cosechar, darnos cuenta de su abundancia a través de estas acciones cotidianas.

Escuchar nuestra bulla, recolectar lo que ha sido y lo que hay. Buscarnos para no quedarnos en lugares aislados, incluso entre los escombros, rastrear las maneras para echarle más agua a los frijoles, mirarnos las caras y acompañarnos. Aunque a veces se sienta que pendemos de hilos, hemos sido esas redes de abundancia, acompañándonos y cuidándonos entre nosotras, manteniendo y siendo parte de algo valioso que hace caminar al mundo.



Terraza, buena comida
y esa sensación de estar en
el lugar correcto.

Espelta

Platillos elaborados con los ingredientes más frescos de nuestro rancho.

Visítanos en:

Calle Gral. Antonio León 72, San Miguel Chapultepec | Secc,
Miguel Hidalgo, 11801 Ciudad de México, CDMX

Proyectos con futuro



Proyectos con Futuro: Iniciativas socioambientales que imaginan formas distintas de habitar el mundo y proponen rutas concretas para regenerar comunidad y territorio.

Valle Paralelo: pequeños habitantes que sostienen el bosque.

Por Alejandro Zaldívar Riverón

Fotografía por Miriam Escobar.

Cuando pensamos en la biodiversidad de un bosque, imaginamos árboles imponentes o animales visibles a simple vista. Sin embargo, gran parte de la vida que sostiene estos ecosistemas pasa desapercibida. En Valle Paralelo, un proyecto ubicado en Avándaro, Estado de México, decidimos mirar de cerca a esos organismos casi invisibles: los

insectos. Durante un año realizamos un inventario biológico enfocado en este grupo, sin dejar de lado algunas plantas y vertebrados representativos. El objetivo no fue registrar toda la biodiversidad, algo prácticamente imposible, sino documentar aquellas especies clave por su importancia ecológica, económica o por su valor como indicadores del

estado del ambiente.

Los resultados fueron reveladores. Se registraron más de cien especies de insectos de distintos grupos, entre ellos escarabajos, mariposas y abejas. Destacaron polinizadores como el abejorro zumbador (*Bombus sonorus*), la abeja del sudor (*Dinagapostemon mexicanus*) y el

abejorro carpintero (*Xylocopa tabaniformis* azteca), fundamentales para la reproducción de plantas, tanto silvestres como cultivadas. También se documentaron especies con funciones esenciales en el reciclaje de materia orgánica, como escarabajos asociados a la descomposición de madera e insectos que actúan como controladores naturales de plagas. Estos organismos tienen un valor económico indirecto significativo, ya que ayudan a mantener la salud del bosque y de las áreas productivas sin recurrir a pesticidas. Otro hallazgo relevante fue la presencia de especies indicadoras de ambientes bien conservados, como la mariposa cometa (*Papilio multicaudata*) o el escarabajo gema (*Chrysina laniventris*). Estos organismos son sensibles a la perturbación ambiental, por lo que su existencia en el bosque de Valle Paralelo mantiene buenas condiciones ecológicas.



Aunque el enfoque principal del estudio fueron los insectos, también se registraron árboles nativos característicos del bosque templado, como pinos, encinos y liquidámbares, al igual que algunos vertebrados: aves, reptiles y anfibios. La presencia de especies como la salamandra (*Isthmura bellii*) o el lagarto alicante (*Barisia rudicollis*) indican que este ecosistema conserva una diversidad importante. Otro aspecto de enorme importancia en Valle Paralelo es la coexistencia de áreas bien conservadas de bosque con zonas agrícolas y de uso turístico. Esta combinación, manejada adecuadamente, favorece la conservación de la biodiversidad al tiempo que permite actividades productivas y recreativas de bajo impacto.

Este estudio representa solo una primera aproximación. La diversidad real del sitio es, sin duda, mucho mayor. Sin embargo, nuestros resultados permiten entender que incluso los organismos más pequeños desempeñan un papel crucial en el equilibrio del ecosistema. Conocerlos es el primer paso para valorarlos y, en consecuencia, protegerlos.

En un momento en que la pérdida de biodiversidad es una preocupación global, Valle Paralelo ofrece un ejemplo alentador: un espacio donde la vida, en todas sus formas, incluidas las más pequeñas, sigue encontrando condiciones para sostenerse y persistir.




Cooperativas de Meliponicultura: Estrategia de Justicia Ambiental

*Por Roberto Carmona,
Fátima Alonso
y Jesús Andrés Chávez*

La meliponicultura es una práctica ancestral basada en el manejo de abejas nativas sin aguijón para la producción y venta de su miel. Es una práctica que ha sido heredada de generación en generación, originaria de culturas mesoamericanas. La abeja melipona (*Melipona beecheii*) ha tenido un profundo significado para los pueblos indígenas mexicanos, quienes la han denominado "la abeja sagrada maya". Simboliza la conexión entre la práctica y los estilos de vida de las comunidades. En nuestro país, la meliponicultura se concentra en la Península de Yucatán, con prácticas que resaltan en la cultura maya, aunque también es una práctica que prevalece en Puebla, Chiapas y Oaxaca, con menor presencia en otros estados de la República.

Las abejas meliponas y la miel que producen son muy particulares. Su miel contiene más de 600 bioactivos capaces de combatir infecciones y enfermedades, altamente valorada en las comunidades para el tratamiento de las afectaciones oculares (cataratas, glaucoma, conjuntivitis). Sin embargo, un jobón de abejas meliponas produce tan solo 3 litros de miel al año. Las abejas europeas (*Apis mellifera*), en cambio, producen cerca de 30 litros anuales, por lo que la especie nativa se encuentra en desventaja en el mercado.

La disparidad de precios es evidente: mientras que un frasco de 30 ml de miel melipona se vende a 120 pesos, la misma cantidad de miel de la abeja europea se encuentra por tan solo 4 pesos.



Una encuesta realizada a meliponicultores de Quintana Roo reveló que el 44% de los productores encuestados no venden su producto y el 37% no tienen un mercado fijo (Xolalpa et al., 2018). La ausencia de incentivos económicos incrementa la vulnerabilidad socioeconómica de la población y pone en riesgo tradiciones ancestrales que promueven la conservación de la abeja nativa.

Las cooperativas en México funcionan para promover el bienestar social de comunidades organizadas a través de prácticas económicas. En la Península de Yucatán, donde muchas comunidades enfrentan problemas como la marginación o la falta de apoyos del gobierno, este tipo de esquemas han funcionado al fortalecer la autonomía económica local.

Dentro de este contexto, la meliponicultura representa una práctica con profundas raíces bioculturales que va más allá de una simple actividad productiva. A diferencia de otras cooperativas centradas únicamente en la generación de ingresos, aquellas enfocadas en la meliponicultura contribuyen a la conservación de la biodiversidad, la recuperación de saberes ancestrales y el fortalecimiento del tejido comunitario. De este modo, las cooperativas meliponicultoras no solo atienden necesidades económicas, sino que se posicionan como modelos de resistencia cultural y regeneración socioambiental, donde la relación entre comunidad y naturaleza se redefine bajo principios de interdependencia y cuidado.

Además, a diferencia de otros modelos de producción hegemónicos que destruyen ecosistemas, culturas y modos de vida para maximizar ganancias, las cooperativas de miel melipona contribuyen a la regeneración del ambiente. Es decir, no solo reintegran a la cadena ecosistémica a una especie nativa en peligro de extinción, sino que también conservan todos los componentes de los que la abeja depende para subsistir. Esto garantiza que la selva maya esté sana y que la población mexicana pueda aprovechar de manera sustentable los recursos naturales de la zona.

Además, ayuda a que México cumpla los compromisos políticos a los que se ha adherido en distintas convenciones internacionales. Esto posicionaría a México favorablemente y haría que más donatarios quisieran invertir en modelos cooperativos que promuevan la sustentabilidad y la conservación ambiental.

Las cooperativas de meliponicultores son más que una alternativa económica. Se posicionan como una estrategia clave para la justicia socioambiental y comunitaria desde el territorio, construyendo soluciones horizontales que permiten el empoderamiento y autorreconocimiento de las comunidades. La continuidad de la meliponicultura, facilitada por la creación de las cooperativas, permite el mantenimiento de actividades culturales que definen la identidad de las comunidades y fortalecen la cohesión social. La cultura es un catalizador de la diversidad y promueve la inclusión de distintas cosmovisiones en la sustentabilidad, imprescindible para el florecimiento de sociedades plenas, justas y equitativas.

Existe un estrecho vínculo entre la conservación de la meliponicultura y el desarrollo económico de las comunidades, así como el bienestar ambiental de los ecosistemas y la revalorización de saberes ancestrales que cuidan el cuerpo y el territorio.

Referencias

Xolalpa, A., Sánchez, O., Pichardo, L., Caamal, D., Aké, S., & Brito, E. (2018). Saberes sobre la crianza de la abeja *Melipona beecheii*. Universidad Intercultural Maya de Quintana Roo. <https://www.uimqroo.edu.mx/2021/02/02/saberes-sobre-la-crianza-de-la-abeja-melipona-beecheii/>



La meliponicultura es mucho más que miel: es una forma de relacionarse con el entorno basada en el respeto, la reciprocidad y la justicia ambiental.

A close-up photograph of two black ants on a red, hairy flower stem. The ants are positioned one above the other, facing each other. The background is a soft, out-of-focus green.

No puede haber
justicia social

sin Justicia

Ambiental

Fotografía: Mikhail Nilov vía Pexels

Proyectos con futuro

La Ruta de la Conexión: Iniciativa por los mares y las costas de México

Por Liliana Gutiérrez Mariscal

Baja California Sur es el estado con mayor extensión de litoral en México, 2 mil 220 kilómetros de costas desérticas que delimitan dos mares y forman un contraste único. La enorme belleza y riqueza de este territorio son directamente proporcionales a los retos y la consecuente vulnerabilidad que provoca la crisis climática.

En varias comunidades a lo largo de esta costa vemos ejemplos de resistencia y defensa. Casos conmovedores donde el ingenio, la necesidad y el amor por el territorio se convierten en acuerdos para restaurar pesquerías; unión para proteger y educar a niñas y niños; parques públicos dignos; resistencia y lucha ante un modelo excluyente de desarrollo turístico e inmobiliario; ciencia ciudadana para amar y defender aves y dunas; manglares que le ganan terreno a la erosión; y ostiones que alimentan a la población infantil.

Ante este paisaje de posibilidades, de retos y de esperanza, surgió la pregunta sobre qué pasaría si esas comunidades, esos hombres y mujeres pudieran encontrarse, dialogar, inspirarse y apoyarse: conectar. Así se creó La Ruta de la Conexión, una plataforma de encuentro entre comunidades costeras de Baja California Sur que trabajan para defender la vida. Desde la Laguna de San Ignacio, al norte, hasta Cabo Pulmo, en el sur, 12 núcleos de liderazgo comunitario han unido visión e intención para fortalecer sus capacidades de organización y el tejido social, restaurar ecosistemas críticos, promover la educación ambiental y proteger las pesquerías.

Es un esfuerzo desde el territorio, donde los problemas se sienten con más intensidad y quizás por eso también **las soluciones nacen con más potencia y legitimidad**. A este viaje de colaboración y aprendizaje se han unido organizaciones de la sociedad civil y fundaciones filantrópicas. Todas ellas se han sumado con la convicción de que la complejidad del sistema que hemos creado demanda más escucha, humildad, equidad y poder colectivo, más poder para crear juntos y mucho menos de ese poder que impone una sola visión.

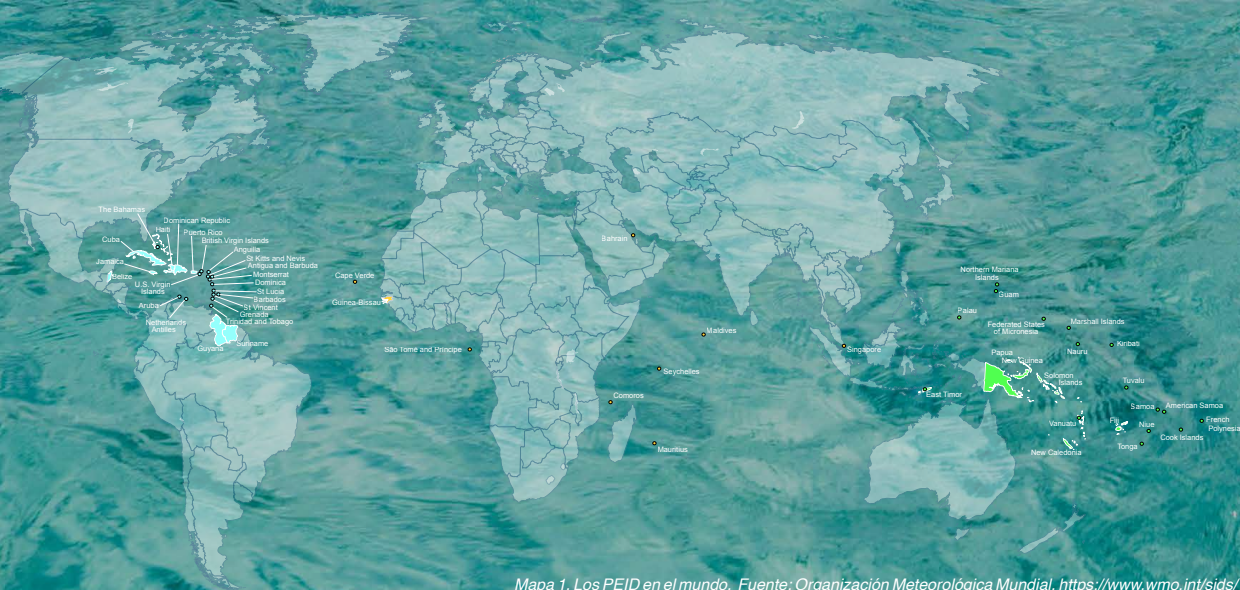
Las organizaciones y comunidades que participan en La **Ruta de la Conexión** creen en la colaboración. Comparten los valores de equidad y solidaridad. Si fueran un sistema solar, cada comunidad sería el sol, esa estrella con la fuerza gravitacional suficiente, nacida de la unidad y de la organización, para ordenar a varios cuerpos en su órbita: gobierno, sociedad civil, academia y sector privado trabajando en armonía, siguiendo la pauta de mujeres y hombres que desde siempre han cuidado y habitado los mares y las costas de Baja California Sur. En conjunto han puesto lo mejor de sus experiencias y saberes al centro para defender la vida en el planeta.

Cambio climático y migración en los pequeños estados insulares en desarrollo (PEID)

Por Antonina Ivanova, UABCS

Los **pequeños estados insulares en desarrollo (PEID)** son un grupo de países y territorios que comparten desafíos en materia de desarrollo sostenible, por lo que enfrentan vulnerabilidades sociales, económicas y ambientales similares.

A pesar de su nombre, no todos los países que pertenecen a este grupo son islas. Belice, Guinea-Bissau, Guyana y Surinam también se incluyen por sus características comunes.



Mapa 1. Los PEID en el mundo. Fuente: Organización Meteorológica Mundial. <https://www.wmo.int/sids/>

¿Qué características comunes tienen los PEID que aumentan su vulnerabilidad ante el cambio climático?

Algunas de las características comunes que comparten estos países son:

Aislamiento: Los PEID están dispersos por los océanos y mares del mundo, y algunos se encuentran en zonas remotas, lejos de la masa continental más cercana. El acceso a ellos puede ser difícil y costoso, con un transporte poco fiable e infrecuente.

Poblaciones reducidas: Los PEID generalmente tienen poblaciones muy pequeñas, lo que limita sus opciones para desarrollar economías diversificadas y aprovechar las economías de escala. La población total de todos los PEID, que viven en más de mil islas, es de 65 millones de personas, menos del 1% de la población mundial.

Dependencia de los recursos oceánicos: Algunos PEID también se autodenominan “grandes estados oceánicos”. Las áreas de océano bajo su control son, en promedio, 28 veces mayores que

su superficie terrestre, lo que hace que los recursos marinos sean vitales para sus economías. Industrias como el turismo y la pesca pueden representar hasta la mitad del PIB de algunas economías insulares pequeñas, como Antigua y Barbuda, Seychelles y las Maldivas.

Dependencia de las importaciones: Los PEID tienen superficies terrestres reducidas, lo que significa que no pueden producir todo lo que necesitan y dependen de las importaciones de alimentos y energía. Esto los hace altamente vulnerables a las crisis externas, como los impactos del cambio climático, las crisis financieras mundiales o las tensiones geopolíticas.

Acceso limitado al financiamiento: Si bien algunos PEID, como Haití, Comoras y Timor Oriental, se clasifican como países menos adelantados (PMA), la mayoría se clasifican como países de renta media (PRM). Esto significa que no cumplen los requisitos para acceder a financia-

miento en condiciones favorables que aceleren sus objetivos de desarrollo, a pesar de sus persistentes limitaciones para el desarrollo. La falta de capacidad técnica local para participar en procesos financieros complejos también crea barreras.

Presión de la deuda: Más del 40 por ciento de los PEID se enfrentan a niveles de deuda insostenibles o están al borde de ellos, lo que limita gravemente su capacidad para invertir en resiliencia, acción climática y desarrollo sostenible.

Vulnerabilidad al cambio climático: A pesar de sus mínimas emisiones históricas de gases de efecto invernadero, los PEID enfrentan algunos de los impactos más graves del cambio climático. Estos se traducen en pérdidas y daños como infraestructura destruida, pérdidas económicas y culturales, así como desplazamientos forzados.



Foto 1. Los tokelauanos protestan contra el cambio climático durante el Día de Acción de los Guerreros del Pacífico. Foto: Te Mana: Litia Maiava.

A pesar de su vulnerabilidad, los PEID se han erigido como líderes mundiales en la defensa del clima, promoviendo compromisos ambiciosos y acciones internacionales urgentes.

¿Cómo el cambio climático afecta a los PEID?

Los PEID están altamente expuestos a huracanes y otros fenómenos meteorológicos extremos, que se están volviendo más frecuentes e intensos debido a los impactos del cambio climático, lo que provoca pérdidas y daños significativos a personas, infraestructura y cultivos. Entre 1970 y 2020, los PEID perdieron 153 mil millones de dólares estadounidenses debido a fenómenos meteorológicos extremos, una cantidad significativa en relación con su PIB promedio de 13 mil 700 millones de dólares. Estos impactos están impulsando cada vez más el desplazamiento, y los pequeños estados insulares del Caribe y el Pacífico Sur resultan afectados de manera desproporcionada en relación con el tamaño de su población.

Al ser países con extensas zonas marinas y costeras, el aumento del nivel del mar también representa una grave amenaza para las poblaciones, las actividades económicas y las culturas de los PEID, lo que pone en riesgo la existencia de las islas y los atolones. Casi 22 millones de personas en el Caribe viven a menos de seis metros sobre el nivel del mar, y la mayoría de las islas del Pacífico tienen más de la mitad de su infraestructura a menos de 500 metros de la costa. Se estima que, para 2050, la mitad de la capital de Tuvalu estará inundada por las mareas.

Las altas temperaturas y la acidificación de los océanos amenazan los ecosistemas marinos, como los arrecifes de coral, que no solo son fundamentales para actividades económicas como la pesca y el turismo, sino que también brindan una valiosa protección a las costas contra las marejadas ciclónicas y actúan como sumideros de carbono.



Foto 2. Los pequeños estados insulares en desarrollo (PEID) del Caribe están adoptando enfoques de economía azul, promoviendo el empleo y el crecimiento económico al tiempo que preservan y restauran la salud del océano. Foto: Zaimis Olmos/PNUD Barbados y el Caribe Oriental.

Además, el aumento de las temperaturas incrementa los riesgos de sequía y la escasez de agua dulce en



Foto 3. Aproximadamente el 80 por ciento de los habitantes de las Islas Salomón viven en zonas rurales y bajas, y dependen de la agricultura, la silvicultura y la pesca para su seguridad alimentaria y sustento. El estado considera la adaptación una cuestión de supervivencia. Foto: Patrick Rose/PNUD Islas Salomón.

Además, el aumento de las temperaturas incrementa los riesgos de sequía y la escasez de agua dulce en los PEID.

El cambio climático provoca, y seguirá haciéndolo, la migración masiva a medida que la degradación ambiental hace que algunas zonas sean inhabitables, con proyecciones de más de 200 millones de personas desplazadas para 2050. La mayoría de los movimientos son internos, dentro de las fronteras nacionales, impulsados por desastres de aparición lenta, como las sequías y los fenómenos súbitos, como las inundaciones, que afectan con mayor severidad al Sur Global. Sin embargo, ya hay desplazamientos hacia los territorios de Australia y Nueva Zelanda, ya que la degradación ambiental obliga a las comunidades a afrontar la dura realidad de la reubicación y un futuro incierto. El aumento del nivel del mar representa una amenaza existencial, y algunas islas corren el riesgo de quedar sumergidas debido a la erosión costera y a la intrusión de agua salada.

Aspectos clave de la migración por el cambio climático

Escala y proyecciones: Las investigaciones sugieren que entre 50 y 250 millones de personas podrían verse afectadas para 2050, cifra que podría alcanzar los 630 millones para 2100. En 2022, 32,6 millones de personas fueron desplazadas internamente por desastres.

Impactos regionales: África subsahariana, el sur de Asia y América Latina resultan gravemente afectadas y enfrentan importantes presiones migratorias internas.

Quiénes migran: Los grupos de ingresos medios suelen ser los más propensos a migrar, ya que la migración requiere recursos. Las personas más pobres pueden verse obligadas a quedarse, porque carecen de medios para escapar del empeoramiento de las condiciones.

Implicaciones políticas: Los marcos jurídicos interna-

cionales actuales carecen de protecciones específicas para las personas desplazadas por el clima, lo que representa un importante desafío jurídico y humanitario.

Adaptación al cambio climático

La migración no solo es consecuencia de la falta de adaptación, sino que también puede ser una estrategia de adaptación, a veces necesaria. Las políticas eficaces se centran en fortalecer la resiliencia local, la reubicación planificada para zonas de riesgo extremadamente alto y la gestión del crecimiento urbano en las zonas receptoras de migrantes. Sin embargo, estudios recientes revelan que la vulnerabilidad varía significativamente. Mientras que las islas de baja altitud se enfrentan a inundaciones cada vez más intensas y a la destrucción de su hábitat, otras han experimentado la estabilización o incluso la expansión de sus territorios gracias a la acumulación de sedimentos y la regeneración de los arrecifes de coral. Estos matices subrayan la necesidad de políticas de adaptación climática que correspondan a los contextos locales, en lugar de basarse en un enfoque único para todos.

Referencias

- Cassin, L., Melindi-Ghidi, P., & Prieur, F. (2022). *Confronting climate change: Adaptation vs. migration in small island developing states*. *Resource and Energy Economics*, 69, 101301. <https://doi.org/10.1016/j.reseneeco.2022.101301>
- United Nations Development Programme. (2024). *Small island developing states are on the frontlines of climate change: Here's why*. <https://climatepromise.undp.org/news-and-stories/small-island-developing-states-are-frontlines-climate-change-heres-why>
- Jadaan, J. B., & Hasan, O. A. (2024). *Planned resettlement of environmental migrants in the context of disasters and the adverse effects of climate change*. *Journal of Human Security*, 20(1), 82–[página final]. <https://doi.org/10.47172/2965-730X.SDGsReview.v4.n04.pe04294>
- Rasheed, S. (2025). *Small island states are leading the fight against climate change*. <https://ipif.org/small-island-states-are-leading-the-fight-against-climate-change/>

Existe una injusticia que pocas veces se nombra con la claridad que merece: los países que menos han contaminado el planeta son los que más están pagando por el caos climático que otros generaron. No se trata de una coincidencia ni de mala suerte geográfica. Es el resultado de una estructura global desigual que acumula emisiones en el norte y consecuencias en el sur. Comprender esta asimetría no es un ejercicio académico: es una condición indispensable para hablar de justicia climática con honestidad. Los datos son contundentes. Según el Global Carbon Project (2023), los países de altos ingresos —que representan apenas el 16% de la población mundial— acumulan cerca del 39% de las emisiones históricas de CO² desde la Revolución Industrial. En cambio, el conjunto de naciones del sur global —África subsahariana, el Pacífico insular, el Caribe, Centroamérica y partes de Asia Meridional— no supera el 10% de esas emisiones acumuladas. Sin embargo, estas mismas regiones concentran más del 70% de las muertes y pérdidas económicas atribuibles a desastres climáticos en las últimas dos décadas (PNUD, 2022). La ecuación es tan simple como alarmante: quienes menos contaminan, más mueren; quienes más contaminan, mejor se protegen.

Las repercusiones no son abstracciones estadísticas. En el Pacífico Sur, naciones como Tuvalu o Kiribati enfrentan la desaparición de su territorio por el ascenso del nivel del mar, aunque han contribuido a las emisiones globales con una fracción despreciable. En el Sahel africano, la desertificación avanza sobre comunidades agrarias que jamás tuvieron acceso a los combustibles fósiles que aceleran ese proceso. En América Latina, los huracanes más intensos castigan con mayor fuerza a Honduras, Haití o Guatemala —economías pequeñas,

Asimetría global y deuda climática: el sur paga más.

Por Mariana López-Cedeño Simbeck




históricamente extractivizadas— que a los países cuyos patrones de consumo los alimentan (Robinson, 2022). La vulnerabilidad climática del sur global no es natural: es producida por las decisiones energéticas e industriales de otros.

Frente a esta realidad, la respuesta internacional ha sido, en el mejor de los casos, insuficiente; en el peor, cínica. Los países ricos prometieron en la COP 15 de Copenhague (2009) movilizar 100 mil millones de dólares anuales en financiamiento climático para el sur. Más de quince años después, esa meta jamás se cumplió cabalmente, y cuando los fondos llegaron, lo hicieron predominantemente en forma de préstamos —no de donaciones—, lo que obliga a los países más vulnerables a endeudarse para adaptarse a una crisis que no provocaron (Oxfam Internacional, 2023). El mecanismo es perverso: el sur global financia su propia adaptación mientras el norte sigue sin asumir la deuda ecológica que le corresponde. No es cooperación; es otra forma de extracción.

Revertir esta lógica requiere algo más que acuerdos voluntarios y metas aspiracionales. La justicia climática exige reconocer explícitamente el principio de responsabilidades comunes pero diferenciadas: no todos los países llegaron al mismo punto por el mismo camino, y eso debe traducirse en obligaciones concretas y proporcionales. Implica también consolidar mecanismos vinculantes de pérdidas y daños —como el fondo aprobado en la COP 27, aunque todavía subfinanciado (UNFCCC, 2022)— y garantizar transferencias tecnológicas reales que no reproduzcan dependencias. En el fondo, se trata de reconocer que el cambio climático no es solo una crisis ambiental: es la expresión más dramática de una deuda histórica que el norte global contrajo con el planeta y con el sur, y que sigue sin saldarse.

A la injusticia de las emisiones y
de las consecuencias se
suma una tercera:
la injusticia
de la

representación. Las grandes negociaciones climáticas, desde Kioto hasta Dubái, han sido espacios históricamente dominados por las potencias industrializadas, que cuentan con delegaciones numerosas, equipos técnicos especializados y capacidad de presión diplomática que los países del sur raramente pueden igualar. Mientras una nación como Estados Unidos puede presentarse a la COP con cientos de negociadores y cabilderos corporativos, un pequeño estado insular del Pacífico asiste con dos o tres funcionarios que deben cubrir todas las mesas simultáneamente (Ciplet et al., 2015). El resultado es predecible: los acuerdos tienden a reflejar los intereses de quienes tienen más poder para defenderlos. Sin embargo, el sur global no ha sido un actor pasivo. Coaliciones como el grupo G77+China, la Alianza de Pequeños Estados Insulares (AOSIS) o el bloque africano han logrado introducir conceptos fundamentales en la agenda, como el de pérdidas y daños que el norte prefería mantener fuera de la mesa. Su persistencia es una forma de resistencia, pero no debería ser necesario resistir para que tu voz importe en una crisis que tú no creaste.



El sur global no llegó tarde al desarrollo, fue sistemáticamente mantenido fuera de él, mientras se le transferían sus costos. Hoy, esos costos tienen la forma del clima. Hablar de justicia climática sin mencionar esta asimetría estructural es plantear soluciones para un problema que no se ha querido ver entero.

La temperatura global sube para todos, pero sus consecuencias, como siempre, recaen sobre quienes menos pudieron decidir.

Referencias

- Global Carbon Project. (2023). Carbon budget and trends 2023. <https://www.globalcarbonproject.org/carbonbudget/>
- Oxfam International. (2023). Climate finance shadow report 2023: Assessing the delivery of the \$100 billion commitment. <https://doi.org/10.21201/2023.621132>
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo. (2022). Informe sobre Desarrollo Humano 2021/2022: Tiempos inciertos, vidas inestables. PNUD.
- Robinson, M. (2022). *Climate justice: Hope, resilience, and the fight for a sustainable future*. Bloomsbury Publishing
- Ciplet, D., Roberts, J. T., & Khan, M. R. (2015). *Power in a warming world: The new global politics of climate change and the remaking of environmental inequality*. MIT Press.
- United Nations Framework Convention on Climate Change. (2022). Decision 2/CP.27: Funding arrangements for responding to loss and damage associated with adverse effects of climate change. <https://unfccc.int/documents/624441>

Desafíos y estrategias para activar al sector forestal en México

Por Rafael Obregón Vilorio

Mejorar la productividad y competitividad forestal es fundamental para la conservación de la biodiversidad, evitar el deterioro ambiental y mejorar las condiciones de las comunidades rurales.

Los ecosistemas forestales mexicanos, que comprenden bosques, selvas y vegetación de zonas áridas, constituyen bienes públicos y mercancías que proporcionan productos tangibles y servicios ambientales esenciales para la sociedad y la economía. Su desarrollo está vinculado a su riqueza biológica y a la estructura social de la propiedad rural, lo que permite que comunidades y productores participen activamente en la conservación y gestión sostenible de estos recursos.

A pesar de contar con una destacada biodiversidad y un considerable potencial forestal —ya que el 70% del territorio nacional es apto para actividades forestales—, el sector enfrenta una situación de estancamiento productivo y un incremento

en el déficit comercial (se importa cuatro veces más de lo que se produce). Su participación en la economía nacional se mantiene limitada, con una contribución al Producto Interno Bruto (PIB) que oscila entre 0,2% y 0,6%.

La silvicultura mexicana enfrenta múltiples obstáculos económicos derivados de la competencia con actividades como la ganadería, la agricultura, la minería y la urbanización. Estas actividades suelen ofrecer beneficios económicos inmediatos, lo que reduce la competitividad del manejo forestal y limita el interés por inversiones a largo plazo en los ecosistemas forestales.

A pesar de que existen ejemplos de manejo exitoso que logran articular la gestión de la biodiversidad con mercados específicos o diversificar la producción en empresas forestales comunitarias, en términos generales, estos logros no se han traducido en mejoras sustanciales en la calidad de vida de las poblaciones que habitan estos ecosistemas.

Esta situación contribuye al deterioro ambiental, ya que una gestión forestal débil desincentiva la inversión, promueve la deforestación y, en muchos casos, el abandono de la actividad.

La política pública debe consolidar el Manejo Forestal Comunitario como una actividad rentable, sustentada en la gestión sostenible, la gobernanza comunitaria y el uso responsable de la biodiversidad. Para fortalecer este modelo, la Secretaría de Medio Ambiente y Recursos Naturales trabaja en las siguientes estrategias:

Fortalecer la gestión territorial forestal: Activar la planeación territorial y la gestión de políticas públicas en el diseño de sistemas silvícolas regionales, nuevos modelos de gobernanza forestal y de planes de negocio e inversión (créditos verdes) en territorios forestales.

Transformar el modelo de asistencia técnica: Actualizar a los prestadores de servicios con prácticas innovadoras que mejoren la calidad de

la asesoría técnica, eliminen malas prácticas y fortalezcan el acompañamiento de la producción forestal en campo.

Desarrollar redes de confianza y certidumbre forestal: Impulsar la colaboración entre productores, comunidades y organizaciones sociales y privadas para generar entornos seguros para la inversión pública y privada y garantizar el acceso a mercados.

Implementar Medidas Eficaces de Conservación Basadas en Áreas: Certificar estrategias que fortalezcan el aprovechamiento de la biodiversidad, policultivos forestales y sistemas agroforestales en reemplazo de modelos monoespecíficos.

Aplicar una vigilancia forestal efectiva: Establecer la trazabilidad forestal, sistema digital de seguimiento desde el aprovechamiento hasta la industria final, en coordinación con diversas instituciones de seguridad.

Simplificar y automatizar trámites: Optimizar lineamientos y procedimientos para optimizar la gestión de autorizaciones forestales, reduciendo tiempos y costos.

Evolucionar el PSA: Convertir el Pago por Servicios Ambientales en un capital semilla orientado a la generación de proyectos productivos sostenibles que frenen la expansión de la ganadería, cultivos agroindustriales y urbanización.

Promover financiamiento adaptado: Innovar modelos de financiamiento que valoren la producción forestal basada en la diversidad y fomenten centros de transformación especializados (aserraderos, secadoras de madera, talleres de muebles) compatibles con el manejo forestal sostenible.

Desarrollar el Sistema Nacional de Evaluación de la Política Forestal: Establecer el seguimiento y evaluación de programas e inversiones públicas forestales.



Foto: Susan Flores, vía Pexels



Foto: Martin Que, vía Pexels

Crisis climática

y la transformación de la estructura económica.

Por José Luis Samaniego Leyva.

La crisis climática es la expresión de límites estructurales de un modelo histórico de crecimiento intensivo en carbono, recursos y desigualdad, cuya trayectoria, como advierte Stern, es resultado de decisiones de inversión, tecnología, organización productiva y territorial que hoy pueden y deben ser reorientadas hacia formas más sostenibles y resilientes (Stern, 2023). Estas decisiones han definido la expansión del bienestar material y la generación de riesgos sistémicos, entre ellos el cambio climático.

La economía basada en combustibles fósiles permitió lograr avances en tecnología y bienestar que no hubieran sido posible sin ellos. Pero sus consecuencias negativas, ambientales, de salud y geopolíticas son crecientes. Son recursos finitos y en disputa global. La etapa fósil ya dio sus frutos, incluida la capacidad de diversificar a fondo el paradigma energético, y ahora el desarrollo de la energía renovable y la movilidad

de menores emisiones cobraron impulso autónomo.

Las emisiones globales aumentaron de aproximadamente 25 gigatoneladas de CO² equivalente en 2000 a alrededor de 40 gigatoneladas en 2025, mientras que en México crecieron de cerca de 450 a alrededor de 700 millones de toneladas en el periodo. Consecuentemente, aumentó la frecuencia de los desastres naturales, que alcanzaron 393 eventos a nivel global en 2024; una nueva normalidad de alto riesgo (CRED, 2025), y una marcada exposición para México, donde alrededor del 80% de los desastres son fenómenos hidrometeorológicos (CRED, 2025). Ejemplo de ello fueron los eventos de lluvia extrema del 2025, el desastre en la Huasteca y otras zonas del país, que llevaron a rescates de emergencia y a una presión inusual sobre las finanzas públicas. Esto evidencia la urgencia de fortalecer instrumentos como la inversión preventiva, la actuali-

zación del Atlas de Vulnerabilidad con escala suficientemente fina, el ordenamiento territorial vinculante y la reubicación fuera de zonas altamente vulnerables para avanzar en la adaptación del país.

De acuerdo con la CEPAL (2022) la crisis climática amenaza el desarrollo por aumento en pobreza, desplazamientos, impactos por islas de calor y las fallas en la agricultura; es un multiplicador de desigualdades preexistentes. Más recientemente, el Programa de Investigación sobre el Cambio Climático (PINCC 2023) de la UNAM advierte sobre la amenaza de restricciones hídricas severas en amplias zonas del país y a la agricultura de temporal. Este patrón confirma una de las tesis centrales de Stern: el crecimiento intensivo en carbono es ambientalmente insostenible, y económicamente ineficiente en el largo plazo por sus externalidades negativas, riesgos financieros y costos sociales crecientes.

Para México el reto de adaptación es enorme, con su agenda de restricciones al abuso en el uso del agua en la ganadería y la agricultura comercial, la reubicación ordenada de población vulnerable a desastres, de fortalecimiento de los servicios agua, saneamiento y de salud, de investigación en especies cultivables adaptadas al calentamiento global y de previsión presupuestal en todos los niveles de gobierno.

Esta agenda es el contenido del Programa Nacional de Adaptación, en vías de publicación en el 2026.

La transición hacia economías bajas en carbono es una vía para resolverla baja productividad, la informalidad y la dependencia importadora y extractiva (Bárcena, Samaniego et al., 2022). La CEPAL (2020) documentó la superioridad de la inversión para la transición en sectores como la cadena de valor de energías renovables, electromovilidad, aparatos científicos, economía creativa, del cuidado, turismo sostenible y agricultura recreativa, que son sectores que se alinean con la Agenda 2030 y son económicamente dinámicos, socialmente inclusivos y de menor huella ambiental.

En este contexto, como plantean Robinson y Okereke, para los países de ingresos bajos y medios, la acción climática es una oportunidad para la incorporación de eficiencia, innovación y sostenibilidad como motores del crecimiento y del desarrollo sin reproducir los patrones intensivos en carbono de las economías industrializadas (Robinson & Okereke, 2025).

Es una idea alineada con la propuesta de Stern y de CEPAL de transitar hacia un crecimiento de mayor calidad, que no se refleja el Producto Interno Bruto, sino en la composición de la estructura productiva. Desde el punto de vista de la sostenibilidad es menor la importancia del ritmo del crecimiento, que monitorear la participación de los sectores compatibles con la acción climática y la agenda de la sostenibilidad. Esos sectores son los que deben crecer más rápido que los demás. Países como el nuestro pueden conciliar la urgencia en la adaptación y la mitigación del calentamiento global con la necesidad legítima de desarrollo, donde crecimiento y sostenibilidad se refuerzan mutuamente.

Las soluciones existen y son económicamente viables.

Bibliografía.

Bárcena, A., Samaniego, J. L., Peres, W., & Alatorre, J. E. (2022). *La emergencia del cambio climático en América Latina y el Caribe: ¿Seguimos esperando la catástrofe o pasamos a la acción?* Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL).

Comisión Económica para América Latina y el Caribe. (2020). *Construir un nuevo futuro: Una recuperación transformadora con igualdad y sostenibilidad (LC/SES.38/3-P)*. Naciones Unidas.

Centre for Research on the Epidemiology of Disasters (CRED). (2025). *2024 disasters in numbers: A hot and stormy year*. EM-DAT: The International Disaster Database, Université catholique de Louvain. <https://www.emdat.be>

Programa de Investigación en Cambio Climático (PINCC), & Instituto de Ciencias de la Atmósfera y Cambio Climático (ICAYCC). (2023). *Estado y perspectivas del cambio climático en México: Un punto de partida*. Universidad Nacional Autónoma de México. <https://www.pincc.unam.mx>

Robinson, E., & Okereke, C. (2025). *Tackling climate change in low- and middle-income countries*. En T. Besley, I. Bucelli & A. Velasco (Eds.), *The London Consensus: Economic principles for the 21st century* (pp. 411–446). LSE Press. <https://doi.org/10.31389/lsepress.tlc>

Stern, N. (2023). *The history of economic growth: From the industrial revolution to the climate crisis*. London School of Economics Press. (ajusta el año si estás usando una edición específica más reciente)

Velasco, A. (Ed.). (2023). *The London Consensus: Tackling economic and social challenges in low- and middle-income countries*. London Publishing Partnership

La experiencia de un observatorio ciudadano en torno a la justicia energética

Aprendizajes desde lo local para construir modelos más justos y participativos.

Por Lucía Frausto



Sistema aislado de producción de energía eléctrica en BCS.

En el debate contemporáneo sobre transición energética, la pregunta central ya no es únicamente cómo producir energía limpia, sino para quién, bajo qué reglas y con qué mecanismos de participación. La justicia energética se ha consolidado como un marco que articula tres dimensiones fundamentales: distribución equitativa de beneficios y cargas, reconocimiento de desigualdades estructurales y participación efectiva en la toma de decisiones.

Desde la experiencia de *Cómo Vamos La Paz*, un observatorio ciudadano con sede en La Paz, hemos comprobado que la justicia energética no es una abstracción académica, sino una práctica territorial concreta. Se construye con información pública accesible, diálogo multisectorial y capacidad de incidencia colectiva.

Un territorio aislado: vulnerabilidad estructural y oportunidad histórica.

Baja California Sur es el único estado del país que opera como un sistema eléctrico aislado, separado de la red nacional. BCS funciona como isla y existen islas energéticas dentro de este sistema que no están conectadas a la red estatal. Esta condición implica que no podemos importar energía de otras regiones en momentos de alta demanda o contingencia. La seguridad energética depende exclusivamente de la generación local.

Actualmente, una proporción relevante de esa generación se realiza mediante combustóleo, un combustible altamente contaminante que debe transportarse por vía marítima y cuya combustión tiene impactos ambientales y sanitarios significativos. Las emisiones afectan la calidad del aire, inciden en la salud humana y generan impactos



Contaminación por producción de energía en la bahía de La Paz.

acumulativos en ecosistemas marinos, en la flora y en la fauna costera que constituyen la base ecológica y económica del estado.

Desde el punto de vista económico, este modelo es también uno de los más costosos del país. El precio del combustóleo, su logística de traslado y la ineficiencia tecnológica encarecen la producción eléctrica. En un contexto internacional marcado por alzas en los precios del petróleo derivadas de conflictos geopolíticos, la dependencia de este esquema resulta cada vez más insostenible para las finanzas públicas y para la estabilidad de largo plazo.

Paradójicamente, la condición de sistema aislado también representa una oportunidad estratégica. Por su escala y delimitación territorial, Baja California Sur podría convertirse en un **laboratorio de buenas prácticas para la transición energética**, implementando modelos de generación distribuida, esto es, que la generación no se concentre en un solo lugar ni en una sola forma de generar. Con esto se aporta también una solución a la distribución, que es en sí un reto.

El impacto de los huracanes ha devastado la infraestructura existente.

Es necesario fortalecer el almacenamiento, la eficiencia energética, la expansión de energías renovables y la participación ciudadana con resultados medibles y replicables en otros territorios insulares o aislados.



La pregunta de fondo es si aprovecharemos esa oportunidad o profundizaremos un modelo caro, contaminante y desigual.

El punto de partida: medir para transformar.

Cuando iniciamos el trabajo del observatorio, uno de los primeros pasos fue sistematizar indicadores energéticos locales. Los datos mostraban una paradoja evidente: habitamos una de las regiones con mayor radiación solar del país y, sin embargo, mantenemos una fuerte dependencia de combustibles fósiles.

El diagnóstico permitió identificar tres problemáticas centrales:

Dependencia estructural de combustibles fósiles, con impactos ambientales y económicos acumulativos.

Desigualdad en la carga tarifaria, donde los hogares de menores ingresos destinan proporcionalmente más recursos al pago de electricidad.

Escasa participación ciudadana en decisiones sobre infraestructura energética y planeación territorial.

El primer aprendizaje fue contundente: sin información pública clara y contextualizada, no puede existir deliberación democrática informa-

da. La transición energética no puede quedar restringida a círculos técnicos; requiere apropiación social.



Energía y agua: el núcleo de la injusticia territorial.

En Baja California Sur, la energía no puede analizarse de manera aislada porque está profundamente vinculada al derecho humano al agua. Extraer agua de acuíferos sobreexplotados, bombearla, potabilizarla, desalarla y distribuirla a través de extensas redes urbanas depende completamente del suministro eléctrico. Sin energía, no hay agua.

Aquí emerge una de las tensiones más complejas del estado. Una parte significativa de la electricidad se genera en La Paz, donde los procesos de combustión impactan directamente el entorno local. Sin embargo, una proporción mayoritaria del consumo energético estatal se concentra en Los Cabos, impulsada por un modelo turístico intensivo en uso de agua y energía.

La desalación para abastecer desarrollos turísticos, la climatización constante de instalaciones, el riego de campos de golf y el mantenimiento de múltiples albercas por hotel representan consumos energéticos elevados. Mientras tanto, existen colonias que enfrentan cortes frecuentes de agua y familias que deben organizar su vida cotidiana en función de tandes irregulares.



Injusticia y desigualdad.

La paradoja es profunda: comunidades con acceso limitado al agua coexisten con infraestructuras que sostienen paisajes verdes artificiales y altos estándares de confort energético. Hay infancias que nunca han pisado el pasto que se riega diariamente con agua bombeada y desalada a alto costo ambiental. Esta realidad evidencia que la justicia energética y la justicia hídrica son inseparables. No basta con discutir la matriz energética; es necesario cuestionar **qué modelo de desarrollo estamos energizando y quién asume sus costos ambientales y sanitarios.**



Gobernanza, participación y hoja de ruta

Frente a este panorama, el observatorio impulsó la construcción de una hoja de ruta energética con visión de mediano y largo plazo. Este proceso combinó análisis técnico con espacios participativos que permitieron integrar perspectivas ciudadanas.

Tres aprendizajes resultan centrales:

Primero, la justicia energética es inseparable de la justicia territorial. Las decisiones sobre generación y consumo inciden directamente

en la calidad del aire, el acceso al agua y la salud pública.

Segundo, la transición requiere gobernanza multinivel. Las competencias energéticas se distribuyen entre distintos órdenes de gobierno, pero los impactos se experimentan localmente. Reducir las asimetrías de información y generar puentes institucionales es fundamental.

Tercero, la participación ciudadana no es un componente accesorio, sino una condición de legitimidad. Cuando la información técnica se traduce de manera accesible, la ciudadanía propone soluciones viables: eficiencia energética en edificios públicos, incentivos a la generación distribuida, transparencia en subsidios y criterios de equidad en grandes proyectos.

La experiencia demuestra que los observatorios ciudadanos pueden desempeñar un papel estratégico como intermediarios entre datos, políticas públicas y deliberación social.

Hacia un modelo energético justo
En el contexto del Día Mundial del Medio Ambiente, la discusión energética adquiere una dimensión ética ineludible. La transición no es únicamente una estrategia climática; es una oportunidad para redistribuir beneficios, reducir daños y garantizar derechos.

Baja California Sur enfrenta una disyuntiva histórica. Puede mantener un modelo dependiente de combustibles fósiles, costoso y ambientalmente riesgoso, o puede aprovechar su condición de sistema aislado para convertirse en referente nacional de transición energética justa.

La justicia energética implica asegurar acceso equitativo, reducir cargas desproporcionadas, proteger la salud y los ecosistemas, y garantizar participación significativa. Supone reconocer que la energía no es solo un insumo económico,

sino un bien estratégico que sostiene derechos fundamentales como el agua y el ambiente sano.

Desde la experiencia de un observatorio ciudadano local, hemos comprobado que abrir la información permite también imaginar futuros distintos. Cuando la conversación se amplía y se fundamenta en evidencia, la transición energética deja de ser un discurso técnico y se convierte en una agenda democrática.

La pregunta no es si transitaremos hacia otro modelo energético, sino cómo y con quién lo haremos. En esa respuesta se juega la posibilidad de construir un sistema verdaderamente justo, sostenible y participativo.



HOJA DE RUTA

DE ALTO NIVEL PARA LA TRANSICIÓN ENERGÉTICA
EN BAJA CALIFORNIA SUR



La milpa sociopolítica y la soberanía alimentaria

Por Ana Gabriela de los Santos Puc y Angélica Paz Valdéz de la colectiva Permea

En el panorama actual de multicrisis, **la siembra de milpa es cada vez más difícil ante los efectos de la emergencia climática que han incrementado las sequías, inundaciones, plagas y la desertificación de los suelos**, entre otras repercusiones. Aunado a los reajustes territoriales por efecto de la narcopolítica, la venta de territorios a proyectos extractivos en el país y la amenaza constante que ejercen las presiones imperiales para la introducción de maíces genéticamente modificados a través de los tratados de comercio internacional.

Ante dichas complejidades, hoy cultivar milpa es una expresión de resistencia y vínculo afectivo hacia la tierra, porque sembrar milpa es más que preservar la bioculturalidad; es transgredir la lógica capitalista neoliberal en la búsqueda constante de hacer en la praxis la soberanía alimentaria.

La milpa es un sistema ancestral donde se cultiva maíz (*Zea mays*)

junto a una amplia diversidad de plantas cultivadas como frijol, camotes, chiles, calabazas y hierbas espontáneas como los quelites. Dicho agroecosistema se ha adaptado a diversos biomas, desde zonas áridas hasta selvas húmedas inundables. De igual forma, el proceso de diálogo entre agricultores y milpa ha visto florecer diversas formas, colores y tamaños de maíces, diversidad que en la actualidad se contabiliza en 59 razas nativas de *Zea mays* registradas (CONABIO, 2020).

En tal proceso de domesticación, los agricultores, principalmente de pueblos originarios, han desarrollado estrategias agrícolas, tecnologías únicas y contextualizadas a cada ambiente, que representan soluciones vivas frente al colapso socioambiental. Sin embargo, las milpas, como otros cultivos ancestrales, han desaparecido progresivamente de los paisajes y los territorios en correlación con la escalada capitalista y las lógicas neoliberales

que apuestan por un rumbo de no retorno.

Dicho rumbo se ha expresado en la dimensión alimentaria a través de la transformación de los agroecosistemas que sustentaban redes alimentarias centradas en la relación territorial, las ciclicidades, la diversidad y los afectos, hacia sistemas alimentarios modernizados controlados por el libre mercado, la dominación y formas de opresión coloniales. Los sistemas alimentarios modernos (SAM) son un catalizador clave de la crisis climática; transformarlos representa una posibilidad para afrontar los múltiples desafíos ambientales y sociales que han generado (GRAIN, 2011). Sin embargo, es clave comprender que su impacto no se restringe al modelo de producción industrial, sino que también trastoca todo el sistema económico global que se expresa en las cadenas alimentarias globalizadas, la especulación alimentaria y las políticas de comercio internacional.

Los SAM son resultado de procesos históricos que sentaron sus bases desde hace doscientos años con la revolución industrial, se intensificaron en el último siglo con la petrolización de la vida y en las últimas décadas con la revolución verde y la globalización alimentaria.

La revolución verde fue un proceso de transformación del modelo de producción agrícola campesino al modelo agroindustrial. Se expandió por todo el mundo después de la Segunda Guerra Mundial, bajo el eslogan "alimentar a un mundo hambriento después de la guerra". De hecho, muchas de las tecnologías desarrolladas durante las guerras, como maquinaria, herbicidas y plaguicidas, se llevaron al ámbito agrícola. Además, para "eficientizar" el uso de estos paquetes tecnológicos y privilegiar la mecanización de los procesos, se impuso la monocultura, es decir, el cultivo de una sola especie en grandes extensiones de superficie.

Técnicamente, la mal llamada revolución verde configuró el modelo productivo que ha convertido el

alimento en un commodity, empoderando y enriqueciendo a las grandes oligarquías alimentarias y devastando ecosistemas enteros. La proliferación de este modelo se ha retroalimentado de la globalización de los sistemas alimentarios bajo el enfoque agroexportador.

Uno de los eslabones invisibles de este sistema alimentario depredador es la especulación financiera, las políticas subsidiarias que generan intercambios comerciales desleales o dumping y los tratados de libre comercio. Estas políticas se han implementado en nuestro país desde hace más de 30 años, a través del TLCAN y hoy del T-MEC (Hernández, 2021), vulnerando la autosuficiencia y soberanía alimentaria y amenazando a la milpa y la sobrevivencia de las razas nativas de maíces con la introducción de maíces transgénicos (Vera-Herrera, 2025).

Del mismo modo, las tácticas imperiales de descampesinización han sido una pieza importante para la instauración de los SAM, las cuales se establecen por medio de vías ju-

rídico-políticas. En México, previo a la entrada del TLCAN, se modificó el artículo 27 constitucional para permitir que se privatizaran las tierras ejidales y comunales, fragmentando la gestión territorial comunitaria y desarticulando la organización ejidal. Estas normativas han intensificado el éxodo rural, la migración y el abandono del campo.

En este contexto tan asimétrico, Aguilar Gil (2023) nos recuerda el anhelo de una milpa sociopolítica frente al monocultivo del Estado-nación con sus herbicidas como lenguajes y actos de dominación, una milpa diversa, en que puedan crecer estructuras distintas cultural y geográficamente pertinentes, que se alimenten unas a otras en interacción constante. La agencia sociopolítica de la milpa es en lo más profundo el poder común de la interdependencia, de la racionalidad y el apoyo mutuo, esa otra forma de política que no pide permiso al Estado y que, sin embargo, construye y reproduce el poder con la vida.

La milpa sociopolítica se sostiene de la lucha de los pueblos originarios, campesinos, agricultores, sociedad civil y organizaciones que comprenden su papel dentro de las redes vivas que hacen posible que exista el alimento. Una interdependencia profunda que se traduce en una ética por la vida. Por eso, frente a los intereses del capital, apelan desde la cotidianidad y la organización comunitaria a favor de la vida. Preservar la milpa implica construir justicia ambiental desmantelando las estructuras del régimen agroalimentario imperial en las dimensiones jurídico-políticas, económicas, culturales y simbólicas. Por ende, es fundamental recobrar ese poder común de la milpa y comprender nuestra agencia sociopolítica dentro de las redes alimentarias, decidir qué, cómo y de dónde nos alimentamos, y trazar nuevas relaciones alimentarias que transgredan las fronteras impuestas entre lo rural y lo urbano y atender la monocultura de nuestros propios imaginarios, de nuestras formas de relación y de nuestros platos.

El horizonte político hacia la soberanía alimentaria se sigue gestando también desde las parcelas, en cada acto de guardar semillas nativas, en la cotidianidad de comer tortilla, porque sembrar milpa es ya un acto directo que construye justicia socioambiental.

Las milpas siguen y seguirán espigando desde las montañas, los valles y las planicies inundables, porque son memoria enraizada a la diversidad, a relaciones afectivas sostenidas desde hace más de diez mil años, un legado de maneras de entramarnos con el territorio, de sostenernos en reciprocidad. No es romanticismo, es reconocimiento a lo fundamental y eso habita en la potencia de lo vivo y de la vida.

La milpa es memoria, humus, afecto, posibilidad y futuro alimentario.



Foto: Marco Antonio Casique Reyes vía Pexels

Referencias

- Aguilar Gil, Y. E. (2023). *Un nosotrxs sin estado* (10.ª ed.). OnA Ediciones.
- Comisión Nacional para el Conocimiento y Uso de la Biodiversidad (CONABIO). (2020). *Razas de maíz de México*. <https://www.biodiversidad.gob.mx/diversidad/alimentos/maices/razas-de-maiz>
- GRAIN. (2011). *Alimentos y cambio climático: El eslabón olvidado*. <https://grain.org/es/article/4364-alimentos-y-cambio-climatico-el-eslabon-olvidado>
- Hernández Pérez, J. L. (2021). *La agricultura mexicana del TLCAN al TMEC: Consideraciones teóricas, balance general y perspectivas de desarrollo*. *El Trimestre Económico*, 88(352), 1121–1152. <https://doi.org/10.20430/ete.v88i352.1274>
- Vera Herrera, R. (2025). *T-MEC y maíz: Imposición, gesticulaciones y la resistencia de los pueblos*. *Enlace Comunitario y Capacitación A.C.* <https://enlacecc.org/wp-content/uploads/2025/04/Maiz-digital-24-abril-2025.pdf>



Mujeres y cambio climático: una carga desigual

Dra. Celia Arteaga Conde

Todas las sociedades humanas a lo largo de la historia han construido formas de orden social a partir de estrategias de clasificación, categorización, convivencia y socialización. El problema es que estos órdenes han sido jerárquicos, prejuiciosos, sin fundamentos sólidos, sostenidos en ideas que afirman ser naturales e inevitables. En realidad, responden a construcciones sociales profundamente desiguales. Estas jerarquías han permitido la construcción y reproducción de desigualdades que continúan estructurando nuestras sociedades contemporáneas.

Entre ellas, las desigualdades de

género ocupan un lugar central. El género puede entenderse como un sistema de jerarquías que organiza las relaciones sociales y de poder a partir de la división sexual del trabajo. Este sistema ha privilegiado históricamente lo masculino sobre lo femenino (o lo feminizado), consolidando una visión androcéntrica y antropocéntrica del mundo que invisibiliza y desvaloriza aquello asociado con las mujeres y los sujetos feminizados.

En el contexto actual de crisis climática, estas desigualdades se profundizan. Las problemáticas ambientales en México, como la degradación de ecosistemas, las di-

versas facetas de la contaminación y la sobreexplotación de bienes naturales recaen con mayor intensidad en poblaciones que habitan en condiciones de marginalidad. A esta vulnerabilidad territorial se suman otras dimensiones de desigualdad, como la clase, la pertenencia étnica, la racialización y, de manera clave, el género.

El cuidado, en este escenario, se vuelve un eje fundamental para comprender la carga desigual que enfrentan las mujeres y los sujetos feminizados frente al cambio climático. El cuidado ha sido una dimensión fundamental desde los orígenes del ser humano. No obs-

tante, ha permanecido históricamente invisibilizado, naturalizado y desigualmente distribuido, a pesar de ser una condición indispensable para la producción y reproducción de la vida.

Históricamente, la división sexual del trabajo ha asignado a las mujeres la responsabilidad casi exclusiva de las tareas de cuidado, confinándolas al ámbito de lo privado y familiar, y limitando su participación en otros espacios sociales y políticos. En contextos de crisis climática, esta carga se intensifica. Asegurar el acceso y la gestión del agua, resolver la alimentación en escenarios de escasez, enfrentar condiciones de calor o frío extremo, y sostener el cuidado en contextos de enfermedad son tareas que recaen de manera desproporcionada en nosotras. Así, el cambio climático, además de ser un fenómeno ecológico, es también una crisis de cuidados.

Desde los ecofeminismos, como propuestas de resistencia y transformación, se ha señalado que hay conexiones importantes entre la subordinación de las mujeres y otros sujetos feminizados y precarizados, y la dominación sobre la naturaleza y los animales. Proponen, desde el cuestionamiento al modelo actual, superar postulados racistas, antropocentristas y androcentristas, patriarcales, elitistas, sexistas, esencialistas y binaristas.

Los ecofeminismos constructivistas parten de la necesidad de desesencializar a las mujeres de su rol impuesto de cuidadoras y mucho más cercanas a la naturaleza. Plantean que no hay una esencia femenina, ni afectiva ni cognitiva que explique una mayor vinculación de las mujeres con la naturaleza, el cuidado y la protección, sino que es su posición sociohistórica y cultural lo que ha construido esta cercanía. Cuestionan discursos y prácticas estereotipadas sobre la feminidad,

la masculinidad y la sexualidad en general, para entender que el cuidado y las tareas ambientales no son inherentes a las mujeres ni a las personas feminizadas (Bustillos, 2005; Herrero, 2012; Herrero, 2017; Mies & Shiva, 1993; Puleo, 2019; Tapia, 2016).

Los ecofeminismos plantean escenarios presentes y futuros amables, que no se limiten a sobrevivir, sino que apuesten por la alegría, la tranquilidad y la salud física y mental. Esto implica asumir una postura ético-política clara que reconozca y exija la erradicación de las múltiples desigualdades mediante la transformación de las relaciones entre todos los seres vivos.

Pensar la crisis climática desde la justicia social implica, entonces, colocar el cuidado en el centro del análisis y de la acción social y política. Esto supone no solo redistribuir las tareas de cuidado y desgenerizarlas, sino también reconocer su valor social, económico y ambiental. Implica también cuestionar los modelos de desarrollo que sostienen tanto la explotación de la naturaleza como la desigualdad de género. Frente a un escenario de crisis múltiple, los ecofeminismos proponen, además de resistir, imaginar y construir otras formas de vida orientadas a la dignidad, el bienestar y la sostenibilidad. En este horizonte, la transformación de las relaciones sociales y ecológicas se vuelve una condición indispensable para avanzar hacia una justicia climática con perspectiva de género feminista.

Referencias

- Herrero, A. (2017). *Ecofeminismos: apuntes sobre la dominación gemela de mujeres y naturaleza*. *Ecología Política. Cuadernos de Debate Internacional*, (54). <https://www.ecologiapolitica.info/ecofeminismos-apuntes-sobre-la-dominacion-gemela-de-mujeres-y-naturaleza/>
- Herrero, Y. (2011). *Propuestas ecofeministas para un sistema cargado de deudas*. *Revista de Economía Crítica*, (13), 30–54. <https://revistaeconomiacritica.org/index.php/rec/article/view/521/501>
- Bustillos, S. (2005). *Mujeres de tierra. Ambientalismo, feminismo y ecofeminismo*. *Nóesis. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, 15(28), 59–77.
- Mies, M., & Vandana Shiva (1993). *Ecofeminismo: teoría, crítica y perspectivas*. *Icaria*.
- Puleo, A. H. (2019). *Claves ecofeministas para rebeldes que aman a la Tierra y a los animales*. *Plaza y Valdés*.
- Tapia, A. (2016). *Ética ecológica y derechos de las mujeres: un acercamiento a los movimientos socioambientales en México*. *Dilemata*, 8(21), 227–252.

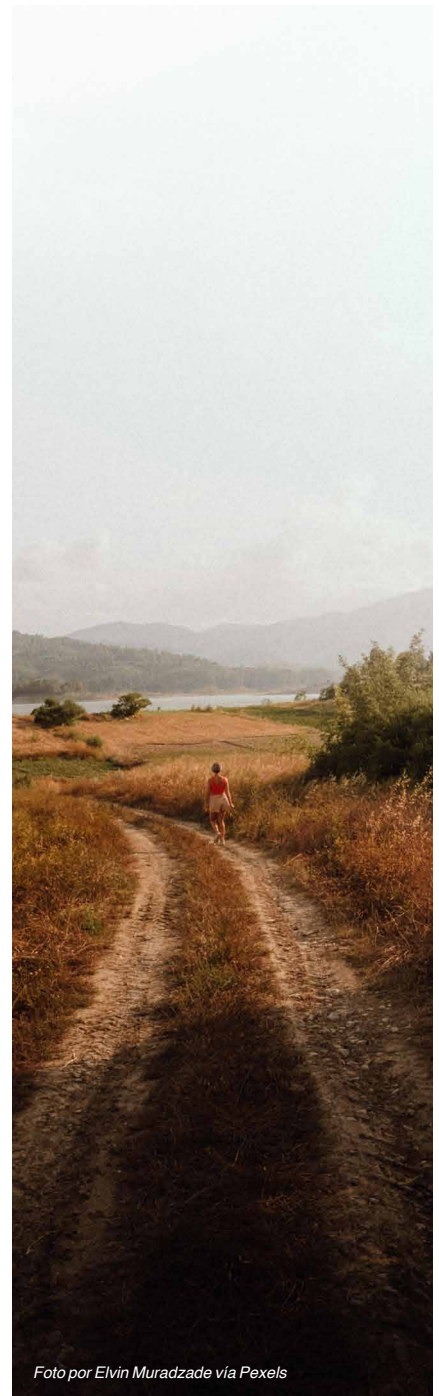


Foto por Elvin Muradzade vía Pexels

Justicia verde: El abismo ambiental en las ciudades de México

Por Amado Ríos Valdez

La configuración de las zonas urbanas en México refleja una de las formas más insidiosas de la desigualdad: la distribución del arbolado, las áreas verdes y sus enormes beneficios para la salud y la convivencia social. Mientras que el desarrollo económico y el crecimiento demográfico han extendido las manchas urbanas en un 23% durante la última década, la presencia de infraestructura verde no ha seguido el mismo ritmo ni ha mantenido una lógica de equidad. En la actualidad, satisfacer la demanda de servicios ecosistémicos es un reto monumental, ya que el uso de suelo y el presupuesto público han moldeado ciudades donde el arbolado es visto a menudo como un lujo estético y no como un derecho humano fundamental para la salud y el bienestar.

El abismo entre el cemento y las áreas verdes

Los datos más recientes de los inventarios nacionales revelan una realidad preocupante sobre la densidad de nuestra vegetación urbana. Aunque el promedio de áreas verdes por habitante en 78 ciudades analizadas se situó en 1,6 metros cuadrados para el año 2020, esta cifra es engañosa cuando se

desglosa por regiones y tipos de vialidad. Un dato crítico es la caída drástica del arbolado en las calles: en el año 2010, el 51% de las vialidades urbanas contaban con presencia de árboles, pero para 2020 este porcentaje descendió al 41%, lo que representa una pérdida de cobertura vegetal en el espacio público inmediato donde la ciudadanía transita diariamente.

Esta carencia no es uniforme. Existe una brecha abismal entre ciudades que han logrado consolidar políticas de enverdecimiento y aquellas que han quedado rezagadas bajo el peso del asfalto. Por ejemplo, mientras ciudades como Mérida y Aguascalientes reportan promedios que superan los 5 metros cuadrados de área verde por habitante, en el otro extremo del espectro se encuentran urbes como Campeche o Chilpancingo, donde la disponibilidad ni siquiera alcanza los 0,5 metros cuadrados por persona. Esta disparidad subraya una falta de visión técnica y política que garantice la existencia y el correcto mantenimiento de la masa forestal urbana en todo el territorio nacional, y además evidencia la desigualdad y muestra cómo el desarrollo urbano se ha despreocupado de poblar de áreas verdes a las zonas más empobrecidas.

La segregación socioeconómica llevada al territorio ambiental

El análisis espacial detallado de metrópolis como la Ciudad de México confirma que el acceso al verde está estrictamente estratificado según el nivel socioeconómico de la población. La inequidad territorial es asombrosa: existen alcaldías que disfrutan de 10 metros cuadrados de área verde por habitante, contrastando con zonas periféricas o de menores ingresos que cuentan con menos de 1 metro cuadrado por persona. Esta distribución desigual condena a los estratos económicos más bajos a vivir en entornos con mayor estrés térmico, peor calidad del aire y una carencia casi total de espacios de recreación dignos.

Incluso cuando se observa un aumento nominal en las áreas verdes gestionadas por las autoridades, la pérdida de vegetación privada e informal en zonas densamente pobladas ha agravado la situación. En las colonias más pobres, el crecimiento urbano se ha dado frecuentemente sobre suelo de conservación o a través de asentamientos irregulares que carecen de planificación forestal, lo que resulta en un entorno dominado por el cemento. El resultado

es un mapa de exclusión donde el nivel de ingreso determina la capacidad de un ciudadano para refugiarse del calor extremo o respirar un aire menos contaminado, o disfrutar de espacios de convivencia, recreación y deporte.

El costo de la deuda ambiental

La ausencia de arbolado en las zonas marginadas no es solo un problema visual; es un reflejo brutal de una crisis de salud pública y económica. La falta de vegetación impide la captura de contaminantes atmosféricos y de carbono, lo que se traduce en más enfermedades respiratorias y costos de atención hospitalaria que asumen las familias con menos recursos. Asimismo, las zonas con baja densidad arbórea son más vulnerables a encharcamientos e inundaciones, ya que se pierde la capacidad de infiltración del agua de lluvia, provocando daños materiales en viviendas y aumentando los gastos en infraestructura hidráulica reactiva.

La deuda ambiental se manifiesta también en el fenómeno de la isla de calor urbana. Las colonias con escasa vegetación registran temperaturas significativamente más altas que aquellas con parques y

jardines, lo que incrementa el estrés físico de la población y el consumo de energía. Esta dinámica refuerza un círculo vicioso de pobreza y degradación ambiental, donde el presupuesto para el mantenimiento de áreas verdes se ejerce de manera desproporcionada en zonas centrales o de altos ingresos, dejando a las periferias en un estado de abandono que perpetúa la injusticia social.

Justicia ambiental para las ciudades de México

Resulta imperativo transformar la gestión del arbolado urbano bajo un enfoque de justicia ambiental que rompa con la inercia de concentrar los beneficios en las zonas privilegiadas. Llevar parques, jardines y arbolado a las colonias más pobres es una herramienta potente de redistribución de la riqueza social. Un árbol plantado en una zona árida y densamente poblada tiene un valor social mucho mayor que uno en un club privado o en una avenida ya consolidada, pues su capacidad de transformar la vida cotidiana y mitigar riesgos es inmediata para quienes menos protección tienen ante el cambio climático.

La redistribución de los beneficios ambientales es también una estrategia de pacificación y cohesión social. Los espacios verdes de calidad en las zonas vulnerables ofrecen refugios para la convivencia, reducen los niveles de estrés comunitario y dignifican el entorno de miles de familias que históricamente han sido ignoradas por la planeación urbana. Al garantizar que el hijo de un empleado en la periferia tenga el mismo acceso a la sombra y al aire fresco que el habitante de una zona residencial, el Estado comienza a saldar una deuda histórica y a construir ciudades verdaderamente inclusivas y sostenibles.

Finalmente, la inversión en el bosque urbano de las zonas pobres representa un ahorro económico a largo plazo para el país. Al mejorar el microclima local y reducir la contaminación en estas áreas, se disminuye la presión sobre el sistema de salud pública y se aumenta la resiliencia de la infraestructura urbana ante eventos climáticos extremos.

Es tiempo de que **el diseño de nuestras ciudades reconozca que el arbolado urbano**, las áreas verdes y la biodiversidad urbana son cimientos indispensables de **una justicia social que es inseparable de la justicia ambiental**.



Desde adentro *

... ● **Semillas**



Semillas: Recetas y prácticas agroecológicas que recuperan memoria culinaria y celebran el cuidado de la vida.

El sabor que cruza fronteras: Los **itacates** de Isabel López

Por Cristina Camacho

En esta charla, Isabel López, originaria de San Juan Ixtayopan, nos comparte cómo la cocina se convierte en un puente emocional para quienes viven lejos de su tierra. **Isabel cocina para participar activamente en la protección de la soberanía y la cultura alimentaria** organizando la Exposición culinaria del elote y la tortilla de San Juan Ixtayopan, mejor conocida como la Feria del Elote, un evento que ella describe como un gran reto administrativo que requiere manejo diario.

A través de la historia de los itacates que prepara para su hija en California, Isabel reflexiona sobre la importancia de preservar el maíz nativo frente al transgénico y ese “sazón” único que no se puede copiar, pues forma parte de una herencia familiar inquebrantable.

Cristina: Isabel, qué gusto saludarte. El otro día me quedé pensando

mucho en lo que decías sobre cómo la comida nos une, incluso cuando estamos lejos. Tu hija vive en California, ¿verdad? Cuéntame, ¿qué es lo que más extraña ella de tu cocina cuando estás allá?

Isabel: ¡Ay, sí! De hecho, cuando voy para allá, yo me pongo a cocinarle. Lo que a ella más le gusta, lo que siempre se le antoja, son los itacates. Pero ojo, no son como los de Morelos, que son gorditas rellenas. Para nosotros en San Juan Ixtayopan, el itacate es como un huarachito chiquito y delgado de maíz quebrado, que lleva anís, queso cotija, manteca y crema de vaca.

Cristina: Suená delicioso. ¿Y por qué crees que ella se vinculó tanto con este platillo?

Isabel: Es que es algo muy de nuestra raíz. Antes se les ponían a la gente que se iba temprano al campo, con su jarro de café; era una delicia. Además, mi papá era lechero y nosotros siempre teníamos crema fresca a la mano; así es como ella

se acostumbró a ese sabor. Para ella es un manjar cuando voy; me dice: “Ay, mamá, ¿cómo no estás aquí?”.

Cristina: Me imagino que el reto allá en Santa Cruz es encontrar los ingredientes, ¿no? Tú que conoces de la soberanía alimentaria, ¿cómo ves la diferencia de los productos allá?

Isabel: Ese es el problema principal: el maíz. Allá el maíz ya es transgénico y la verdad no tiene sabor, sabe muy simple. Yo siempre digo que la soberanía es preservar lo nuestro para decir: “esto es nativo”. Allá hasta la manteca y los quesos están muy procesados, tienen mucho químico.

Cristina: ¿Y cómo le hacen para rescatar ese sabor auténtico de México estando en California?

Isabel: ¡Buscándole! Vamos a los tianguis que ellos llaman “yardas”, allá en San José. Ahí buscamos el maíz que sí nos conviene y encontramos de todo: huazontles, quelites,

quintoniles. A veces salgo al campo con mi hija y yo misma voy juntando hierbas, como lengua de vaca para el mole verde. Es la forma en que los migrantes recreamos un cachito de nuestro hogar allá.

Cristina: Es increíble cómo la comida se vuelve ese vínculo inquebrantable. Pero me imagino que, aunque ella tenga los ingredientes, no le queda igual, ¿verdad?

Isabel: (Risas) ¡Exacto! Una vez ella intentó hacerlos y me dijo: “Ma, es que no me salen como a ti”. Y yo le digo: “Pues nunca te van a salir porque no tienes mi mano”. Y es que el valor de la receta no es solo lo que le echas, sino ese sazón y la herencia que uno trae de familia.

Cristina: Qué maravilla, Isabel. La comida es, sin duda, nuestra identidad que viaja con nosotros. ¡Muchas gracias por compartirnos este pedacito de tu historia!

Isabel: De nada, Cristina. Un gusto.



Itacates de maíz con queso cotija

¡No te pierdas la oportunidad de saborear nuestra verdadera raíz y apoyar lo nativo! Te esperamos del 8 al 16 de agosto en la Exposición culinaria del elote y la tortilla en San Juan Ixtayopan, alcaldía Tláhuac.

Ingredientes:

- 1 kg de masa de maíz para tamal
- 70 g de manteca de cerdo
- 250 g de crema de vaca
- 1 cucharada sopera de anís
- 250 g de queso cotija, desmoronado
- 1 cucharadita de sal

Preparación:

- Bate la manteca de cerdo junto con la crema hasta obtener una mezcla suave.
- Agrega el anís y mezcla bien.
- Incorpora la masa de maíz poco a poco, sin dejar de mezclar.
- Añade la sal y continúa batiendo hasta que todo esté bien integrado.
- Por último, agrega el queso cotija y mezcla suavemente.
- Forma pequeños itacates, similares a tlacoyos.
- Cuécelos en un comal caliente, volteándolos para que se doren por ambos lados.

Listo para servir.



ALMA TIERRA

· del rancho a tu mesa ·

¡LLEGAMOS A LA CDMX!

Ven a conocer nuestra nueva tienda en Praga #29
en la colonia Juárez.

De Lunes a Domingo de 10:00 am a 8:00 pm.

¡Te esperamos!

desde el territorio



Desde el Territorio IMJUS: Un vistazo al trabajo que IMJUS realiza en distintos territorios y proyectos socioambientales.

Proceso a Jesús

El juicio de Jesús: una conversación sobre poder, ley y justicia.

En vísperas de la Semana Santa, el Instituto Mexicano para la Justicia (IMJUS) reunió a voces provenientes del derecho, la teología y el periodismo para reflexionar sobre el juicio de Jesús como uno de los procesos más influyentes de la historia occidental. Participaron el Ministro Juan Luis González Alcántara Carrancá, el Dr. Fernando Sosa Pastrana, el Dr. Fernando García Arellano, el reverendo Matthew Kuczora y el periodista Antonio Navalón. La conversación fue moderada por Juan Antonio Araujo Riva Palacio.

Más allá de su dimensión religiosa, el diálogo permitió revisar este episodio como un proceso marcado por graves irregularidades. Se discutieron las audiencias nocturnas, la ausencia de garantías para la defensa, la falta de testigos de descargo y la contradicción de

condenar a una persona cuya inocencia había sido reconocida públicamente. La figura de Poncio Pilato apareció como un recordatorio de lo que ocurre cuando la justicia cede ante la presión política y el cálculo personal.

La conversación también abordó el significado simbólico y humano de este episodio. La aceptación de la derrota, que en la tradición cristiana se transforma en esperanza, fue presentada como una invitación a pensar la fragilidad y la dignidad humanas. A más de dos mil años de distancia, el juicio de Jesús sigue ofreciendo preguntas vigentes sobre el poder, la responsabilidad y la obligación de proteger la justicia frente a cualquier forma de arbitrariedad.

Colaboración Umbrales e INBAL

Umbrales e INBAL: una conversación abierta sobre justicia climática

En colaboración con el Instituto Nacional de Bellas Artes y Literatura (INBAL), el IMJUS realizó el primer evento público de Umbrales, un espacio para presentar el tercer número de la revista, dedicado a la justicia climática, y abrir la conversación con personas interesadas en los retos ambientales de nuestro tiempo.

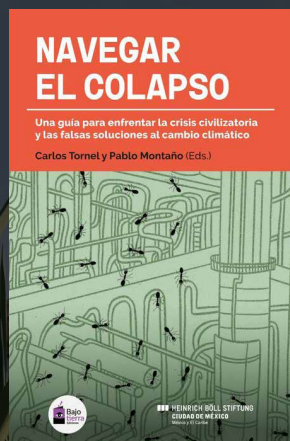
La jornada contó con la participación de Avelina Rodríguez, quien compartió una charla sobre justicia climática y la importancia de vincular las políticas públicas con las realidades que viven las comunidades y los territorios. El encuentro confirmó algo que guía a Umbrales desde su origen: la necesidad de crear espacios donde el análisis, la cultura y el diálogo se encuentren para pensar, de manera colectiva, los desafíos del presente.



Recomendaciones del umbral



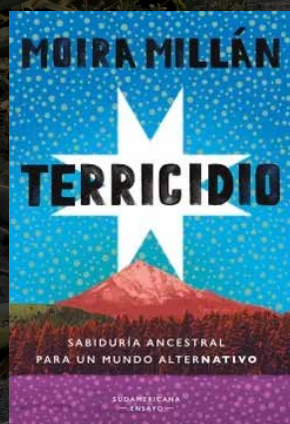
Libros, películas, exposiciones y músicas que amplían la conversación del número y acompañan su espíritu.



Navegar el colapso

Carlos Tornel y Pablo Montaña

Con la participación de más de 30 personas, el libro es una “guía” que permite tanto a quienes están familiarizados con los temas como a quienes comienzan a informarse reconocer las falsas soluciones promovidas por el sistema internacional de gobernanza climática. Es una herramienta de consulta y guía de algunas de las múltiples alternativas que se desarrollan como base para una alternativa civilizatoria que combata el sistema de colapso creado por la modernidad. Estas alternativas configuran un sistema basado en la esperanza y la confluencia solidaria de humanos y no humanos para imaginar, concretar y habitar otros mundos.



Terricidio

Moira Millán

En esta obra, la activista mapuche Moira Millán denuncia las múltiples formas de violencia estructural que azotan a los pueblos indígenas, desde el genocidio hasta el ecocidio, pasando por el epistemicidio que borra las cosmovisiones ancestrales. Su concepto de “Terricidio” abarca la violencia simbólica que se ejerce sobre las culturas originarias, sus saberes y las identidades que representan.

Conversatorio: ¿La naturaleza como sujeto de derechos?

Tendencias globales y desafíos para la justicia mexicana:

El conversatorio de la Suprema Corte de Justicia abre una discusión necesaria en el contexto actual. A partir de un diálogo entre ciencia, derecho y saberes indígenas, plantea un cambio de enfoque: dejar de ver a la naturaleza solamente como recurso y comenzar a reconocerla como parte de una red de vida con la que mantenemos relaciones de cuidado y responsabilidad. La conversación recorre ejemplos internacionales y aterriza en los retos concretos de la justicia en México, donde aún predominan criterios centrados en lo humano.

Entre los puntos más relevantes están las barreras legales para proteger ecosistemas, la necesidad de incorporar conocimientos comunitarios y el riesgo de que estos avances se queden en el discurso si no se traducen en acciones. Una referencia valiosa para entender hacia dónde puede evolucionar el derecho ambiental en los próximos años.

Recomendaciones
del **umbral**

El umbral que sigue



Un anticipo del próximo número. Una página final que abre la puerta a lo que viene y a las preguntas que seguirán guiando nuestra mirada.

La justicia socioambiental debe abordarse desde múltiples perspectivas, porque, como vimos en nuestra primera edición con *La Constitución de la Tierra* de Luigi Ferrajoli, **los desafíos ambientales nos conciernen a escala global** y solo mediante respuestas de esa misma magnitud podremos vislumbrar un futuro distinto.

En *El umbral que sigue* nos proponemos **continuar esa conversación desde una mirada jurídica**. Exploraremos algunos de los principales desafíos socioambientales de nuestro tiempo, así como las herramientas legales e institucionales que existen para enfrentarlos, defender los bienes comunes y ampliar los horizontes de la justicia.

Colaboradores:

Alejandro Zaldívar

Biólogo e investigador del Instituto de Biología de la UNAM. Especialista en sistemática de insectos y curador de la Colección Nacional de Insectos, su trabajo contribuye al conocimiento de la biodiversidad y a la comprensión de las relaciones ecológicas que sostienen los ecosistemas.

Amado Ríos Valdez

Con más de tres décadas de experiencia en política ambiental, ha contribuido al desarrollo de la evaluación de impacto ambiental en México y en la Ciudad de México. Actualmente es Director General de Evaluación de Impacto y Regulación Ambiental, desde donde impulsa una visión que vincula medio ambiente, salud y bienestar colectivo.

Ana Gabriela de los Santos Puc

Aprendiz del monte y narradora gráfica, es fundadora de PERMEA y originaria de Tabasco. Agroecóloga y permacultora, trabaja en procesos educativos y comunitarios orientados a la soberanía alimentaria y a las transiciones postextractivistas desde una mirada territorial y pluriversal.

Angélica Paz Valdez

Narradora oral y milpera, psicóloga con enfoque social y maestra en intervención psicosocial. Colabora en Agroselva Escuela Viva y en PERMEA, donde acompaña procesos educativos y comunitarios con niños y jóvenes. Su trabajo entrelaza territorio, memoria y lectura como herramientas de transformación colectiva.

Celia Arteaga Conde

Doctora en Antropología y académica de la Universidad Iberoamericana, donde coordina el Doctorado en Estudios Críticos de Género. Su investigación aborda procesos socioambientales contemporáneos, con énfasis en educación ambiental ecofeminista, sustentabilidad y migración.

Fátima Alonso

Licenciada en Sustentabilidad Ambiental con experiencia en políticas socioambientales, mitigación del cambio climático y conservación marino-costera. Actualmente trabaja en Anmark y FOMARES en temas de vinculación institucional, incidencia y desarrollo de herramientas de sensibilización para la conservación ambiental.

Itziar Urquiola Guerrero

Apicultora y antropóloga, se ha formado en prácticas narrativas desde 2013. Integra el Colectivo de Prácticas Narrativas, donde facilita procesos de formación y acompaña a personas, grupos y comunidades. Su trabajo articula terapia, consultoría social y herramientas narrativas para fortalecer vínculos y procesos colectivos.

Jesús Andrés

Licenciado en Sustentabilidad por la Universidad Iberoamericana y fotógrafo profesional. Su trabajo documenta la riqueza natural y cultural de México, así como los desafíos socioambientales que enfrentan distintas comunidades. Ha participado en proyectos sobre cambio climático y pueblos indígenas desde una perspectiva territorial y social.

José Luis Samaniego

Economista y doctor en Recursos Naturales, dirige la División de Desarrollo Sostenible y Asentamientos Humanos de la CEPAL. Ha representado a México en negociaciones internacionales sobre cambio climático y es autor de numerosas publicaciones sobre desarrollo sostenible y transición climática en América Latina.

Rafael Obregón Viloría

Ingeniero agrónomo y maestro en Biología. Actualmente dirige el Sistema de Áreas Naturales Protegidas y Áreas de Valor Ambiental de la Ciudad de México. Su trayectoria combina conservación, desarrollo rural sustentable y gestión de políticas públicas para el cuidado del territorio.

Contacta a los proyectos

El Sargento-La Ventana, BCS: conservar sin despojar

Daniel Camilo Thompson Póo Abogado especializado en Derecho Ambiental, de la Conservación, Marítimo y de la Propiedad. Consultor para Cuidando los Mares de México, Asociación Civil. La Paz, Baja California Sur, abril de 2026. daniel.thompson38@gmail.com

Proyecto PERMEA

Somos un proyecto político autogestivo de reexistencia con, por y para la vida, que germinó en 2020, con base en Tabasco, nuestro lugar de origen. Sembramos una escuela de agroecología y territorialidad en un contexto periurbano; aquí promovemos procesos educativos a través de ecopedagogías populares con infancias y juventudes, enfocados en transiciones ecosociales desde el sur, con énfasis en el eje agroalimentario y una perspectiva ecofeminista, interseccional y anticolonial. Contamos con una línea de narrativa gráfica como una forma de divulgar y hacer accesible el conocimiento y las reflexiones alrededor del cuidado y la defensa de la vida.

La memoria del territorio es el corazón de nuestro proyecto. Por ello, realizamos acciones encaminadas a nombrarla para hacerla brotar, tales como procesos herbolarios, aprovechamiento y transformación de plantas, promoción de la autoctonía alimentaria, siembra de selva, resguardo de semillas, arte, encuentros culturales y mediación lectora.

Página web: www.permea.org
Instagram: [permea_holistica](https://www.instagram.com/permea_holistica)
Facebook: [permeaholisticatransicion](https://www.facebook.com/permeaholisticatransicion)
YouTube: [youtube.com/@permeaholistica](https://www.youtube.com/@permeaholistica) (Contamos con dos pequeños documentales.)

No puede haber
justicia social,
sin **justicia ambiental.**

Contacto



contacto@imjus.org.mx



55 3905 0283

Fotografía: Jesús Adrián Saavedra vía Pexels



EN LOS UMBRALES DE LA EXTINCIÓN

umbrales

REVISTA DEL INSTITUTO MEXICANO PARA LA JUSTICIA